

19 **A T A H U A L P A.** 43

TRAGEDIA PREMIADA.

POR LA VILLA DE MADRID.

SU AUTOR DON CHRISTOVAL MARIA CORTÉS.

PERSONAS.

*Atahualpa Emperador del Perú.
Huascar-Inca Emperador del Perú,
destronado por Atahualpa.
Mama-Vareay Mujer de Huascar.
Coya-Cuji-Vareay Hija de Huascar,
y de Mama-Vareay.*

*Don Francisco Pizarro Capitan Español.
Don Diego Almagro Capitan Español.
Quizquiz Capitan de Atahualpa.
Chalcuchima Capitan de Atahualpa.
Soldados Españoles, y Peruanos.*

La Escena es en un salon del Palacio de Atahualpa en Casamarca.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Huascar, Quizquiz, Soldados Peruanos.

Huasc. **T**ienen término ya las crueldades del bastardo traydor y fementido?
¿Es Casamarca centro de la pena, que Huascar solicita como alivio?
¿Eres tú executor de esta violencia?
Huasc. Habla: no temas: dime los designios del bárbaro Atahualpa; y no receles que me pueda coger desprevenido el golpe mas violento y alevoso, que nunca teme quien del Sol es hijo.

Quizq. Las ordenes, Señor, que se me han dado.

son las de acompañaros à este sitio en que Atahualpa vive; sus intentos jamás los penetraron sus ministros.

Huasc. ¿Aquí el Tyrano está? Ya le conozco:

de mas explicacion no necesito, porque un genio feroz y sanguinario, ni el fingimiento sabe desmentirlo.

Quizq. ¿Qué recelais, Señor?
Huasc. Nada recelo:

conmigo estoy, y basta estar conmigo. Venga la tyrania, y de mis manos arranqué el ceiro solo de ellas digno, robe à mi frente la encarnada borla del real poder glorioso distintivo: véa el Cuzco abatida su grandeza, ajado el esplendor de tantos siglos, el Imperio del Sol despedazado, arruinado su templo hermoso y rico, profanadas sus aras, y en fin véa los infaustos pronósticos cumplidos.

Quizq. Permitidme, Señor, que à vuestra idea

teñida en tan funesto colorido, esfrezca objetos de menor espanto.

Huasc. Serán extravagancias del capricho.

Quizq. Vos sois, Señor, el unico heredero que el Sol se atreve à confesar por hijo: Atahualpa conoce este derecho: que no será adorado, aunque es temido: Quien sabe, si el llamaros...

Huasc. Calla, infame, y no con adularme en este sitio pienses que se me esconden tus trayciones, compañeras del dolo y artificio.

Ya sé que eres hechura del Tyrano,
y que de tu confianza se ha valido;
Quizq. Señor, yo fui mandado: y Ata-
hualpa

nombrado soberano Rey de Quito,
exige de un vasallo la obediencia.

Huasc. Mas no si la obediencia es un delito.

El Cuzco reconoce solo à Huáscar,
qualquiera Rey es feudatario mio,
el supremo poder está ultrajado,
y quien fué contra él ciego ministro,
no escusará su accion obediendo,
si obligacion mayor le dá latidos.

Quizq. Señor...

Huasc. Ya basta: calla: no me obligues
à empeñarme en asuntos menos dignos.
Padre, y no Rey, me vieron mis vasallos
imitar los beneficos principios

del gran Manco-Capáe, que fué de todos
legislador, modelo, y prototipo.
Desde este hijo del Sol hasta mi padre
doce generaciones han corrido,
sin que en alguna se haya descubierto
la sombra mas pequeña de delito.

El derecho legitimo ha reynado,
y siempre el sucesor ha pretendido,
mas que en altivo fausto y en grandeza,
exceder en virtud y beneficios.

De los doce legitimo heredero
me miro con dolor desposeido
por un bastardo vil, cuyo caracter
es la violencia, el robo, el latrocinio.

Hija de mi bondad mi confianza
pudo sola llevarme al precipicio;
que no recela tramas alevosas,
quien no está acostumbrado à los delitos.

Tres años me vió el Cuzco prisionero
en el mismo real palacio altivo
en donde el claro Sol padre de todos
se ha dignado reynar por tantos siglos.

En él ví con dolor del fiel vasallo,
¿ que angustia! correr la sangre à rios.
¿ Triste del que no pudo por salvarla
con la suya teñir traydores filos!

De destrozo, de horror, de sangre llenas
las plazas, y las calles daban gritos,
que habrá escuchado el Cielo justiciero,
aunque suspende el exemplar castigo.

¿ O tú, padre de todos, Sol hermoso,
protector de este Imperio, y padre mio!
¿ no miras el destrozo de tu trono?

¿ no es el rayo veloz tu fiel ministro?
Baza à tu mismo solio: vé al tyrano

que con tal crueldad enfurecido
se ceba hasta en tu sangre generosa,
que corre en vergonzoso desperdicio.
Quantos heredan de tu noble aliento,
por la sangre Real que te han debido,
de sus iras tyranas son objeto
que ios condena à indigno sacrificio.
Solo yo à tanta pena reservado,
porque pueda sufrir mayor martirio,
si de la muerte el golpe evitar pude,
mil muertes he sufrido en lo que he visto.
Mas ya corozco que mi fin se acerca:
fin de mis penas siempre apetecido,
que el traerme el Tyrano à su presencia
es por cebarse en el atroz delito.
Ea, guiad.

ESCENA II.

Huascar, Quizquiz, Mama-Vareay.

Huasc. ¿ Mas, Cielo, es esto sueño?
¿ Mama-Vareay! ¿ pues cómo? ¿ qué
prodigio

te restituye viva? ¿ No acabaste
quando el trono del Sol en sangre tinto
fué teatro de horrores, que en su niebla
envolvió mis vasallos, y mis hijos?

Var. Ay Huáscar-Inca amado! mi desdicha
librarme de ese número ha querido,
porque à mayores males me reserva;
pero con el placer de haberte visto
quien muerto te lloró, se olvida todo.
¿ Cómo vienes? ¿ Qué es esto? ¿ Algun
alivio.

renace de la ya muerta esperanza?
¿ Ha olvidado Atahualpa el odio antiguo?

Quiéreme reconocer su justo dueño,
y despues de pesares infinitos
coronar mi constancia y sufrimiento,
superior à su engaño y artificio?

Mas mi deseo adúlto; ¿ Quan en vano
pretendo lisonjear el gusto mio!
Un corazon, que el crimen endurece,
dificilmente dexa su camino.

Ahora mas que nunca reconozco,
quan sin freno su bárbaro apetito
corre precipitado à los agravios,
sin escuchar el interior aviso.

¿ Estando vivo Huáscar, no se excusa
de pretender mi mano?

Huasc. ¿ Qué, qué has dicho?

¿ es posible? ¿ Esa furia, ese Tyrano
se halla capaz de tan atroz delito?

¿ Esta pena, este horror me guarda el Cielo
des-

después de los tormentos que he sufrido?
Quítame el Reyno ; arranca mi corona,
siega mi cuello con feróz cuchillo,
oyga muerto à tu mano el fiel vasallo,
oyga yo los lamentos de mis hijos;
pero ver en tus brazos à mi esposa,
ver que mi hermana escucha tus cariños...

Varc. Basta , Huáscar : ¿ Qué es eso ? ¿ has olvidado

que fué Huáyna-Capác el padre mio,
y que una misma sangre nos alienta?
¿ conmuevate el horror de aquel delito,
¿ mas trocarle en temor y sobresalto,
es llenar de ignominia el valor mismo.

Huasc. Bien conozco , Varcay...

Varc. Escusa darme
satisfaccion alguna que no pido.

Hijas son del dolor aquellas voces,
y mas que sobresaltos , son gemidos.

Huasc. Bien dices ; no es reeso , es rabia,
es ira.

¿ Mas cómo de tu vida el debil hilo
pudo evitar la cólera irritada ?

¿ Cómo escapár pudiste del peligro ?

¿ Qué acaso te condujo à Casamarea ?

¿ Resta algun infeliz de nuestros hijos ?

Varc. ¿ Ay Huáscar ! que mi pena has renovado,

y solo responder sabré en suspiros.

Aquel tremendo dia en que Atahualpa

en la plaza del Cuzco juntar hizo

las ramas generosas y Reales,

que atrajo con engaño y artificio;

tambien me ví arrastrar con ignominia

à la el horror del espantoso cireo.

Los ministros feroces de Atahualpa

cerraban en tres lineas el camino:

la vida no encontraba senda alguna:

tal vez el llanto apresuró el peligro.

Mis hijos , mis hermanos , mis parien-

tes

cercados de los bárbaros ministros,

esperaban la muerte por instantes,

que oscurecido el Cielo vér no quiso.

Díese la seña : ; ay Dios ! ; qué horror !

qué asombro !

La crueldad desembaynó el cuchillo,

y la sangre Real tan pura y limpia

brotó en arroyos al cortante filo.

Cae la esposa en brazos de su esposo:

espira el padre sosteniendo al hijo,

y al quererle evitar el fiero golpe,

tal vez el pecho se atraviesa él mismo.

Huasc. ; O que fuese ideal ! Qué horrorosa
pintura me presenta ! El llanto , el grito
de tantos infelices me conmueve:
parece que le tengo en mis oídos.

Varc. Abrazada , ; ay de mi ! de Coya-Cuji,

exalaba mi espíritu en suspiros,

apeteciendo casi el duro instante

por no mirar objetos tan indignos.

Un ministro cruel arranca alevé

mi amada hija del regazo mio:

mi débil fuerza en vano se le opone:

mi llanto en vano conmovérle quisó:

atravesá (le dixé) antes mi pechos

concede à mi dolor , ò à mi cariño,

el infeliz consuelo de ir delante,

y no ver tan tyrano sacrificio.

Sordo à mis voces , à mi llanto ciego,

despreciando feróz mi débil brio,

me quita de la vista à Coya-Cuji,

quando el dolor me suspendió el sentido.

Lisonja fué del Cielo , con que aparta

el objeto cruel de mi martirio:

¡ ojalá que el desmayo fuera eterno !

no sintiera las penas que he sentido.

Huasc. ; O bárbaro Atahualpa ! no te mueve

aquel cándido pecho ? ; aquel divino

semblante , que retrata la innocencia ?

matame à mí , completa el sacrificio.

Varc. Despierto à mi dolor : hállome sola,

llamo à mi hija en lamentables gritos,

la confusion envuelve mi lamento,

mezclanse con los otros mis suspiros:

busco la muerte : huyen de mí todos:

insulto la piedad de los ministros:

nada me sirve : el fallo de mi muerte

estaba revocado , ò suspendido.

Vuelvo al palacio : hablame el Tyrano:

mi valor se desdenea hasta de oírlo:

atravesé à mirarme : ; qué osadia !

exagera el poder de su dominio:

burlo sus amenazas : se enfurece:

insulto su rigor enfurecido:

ofreceme su mano... aquella mano

que juzgo haber cortado el vital hilo

à la preciosa tuya... aquella mano

que à arrancar de mis brazos se ha atre-

vido

à Coya-Cuji mi adorada hija,

para entregarla al golpe del cuchillo.

¿ Puede haber mas infame atrevimiento ?

¿ solo en imaginario me horrorizó.

Apartame del Cuzco : à Casamarea

ignora con que intento me ha tratado.

Afecta darne libertad entera,
mas siempre me rodean sus ministros.
Te encuentro aquí.

Huasc. ¿Siquiera este consuelo
el Cielo concedernos ha querido?
La sangre y el amor unirnos supo;
¿ojalá que una muerte sepa unirnos!

Quisq. Permitidme, Señor...

Huasc. ¿Qué es lo que quieres?

Quiz. Solo acordaros que à Atahualpa sirvo,
y que mientras sus ordenes espero,
llevaros al alcázar es preciso.

Huasc. Bien dices: obedezcase al Tyrano.
Mama-Varcay, el Sol ha permitido,
que reine la violencia: obedezcamos.

ESCENA III.

Mama-Varcay.

Llévame à mí tambien, cruel ministro,
no separes dos vidas que amor une,
mira que no es la muerte igual martirio.
¿Qué es esto, Sol hermoso, Huáscar vive,
quando ya en ese trono cristalino
creí que dominaba las estrellas,
premio feliz à su virtud debido?

¿Le resisteve amor para mas pena?
¿ò previniendo el exemplar castigo
quiere que despeñada la violencia,
reine otra vez el merito del digno?

Esta vista, este encuentro me confunden.

¿Qué excusa poderosa, qué motivo
pudo hacer al Tyrano que reserve
la vida, en que contempla mas peligro?

¿Reconocido acaso?... ¿ò! no es posible:
yo conozco su pecho fementido...

mas él viene: su vista huir quisiera
qual la de un ponzoñoso basilisco;
pero amor me detiene. Huáscar vive,
tal vez el ruego, el llanto y el gemido,
ablandarán la crueldad de un monstruo.
Haga mi obligacion el sacrificio.

ESCENA IV.

Varcay, Atahualpa.

Varc. Atahualpa.

Atah. Varcay.

Varc. La roja borla

ya tus angustias sienas ha cesido:
si así lo quiso el Cielo, no me quejo,
aunque violaste fuero tan antiguo.

Sea tuyo el Perú, goza su Imperio,
riñdase al Cuzco à tu poder altivo,
las Provincias que el Sol ha destinado

por legitima herencia de sus hijos
te obedezcan rendidas, y te adoren
como pudo otro tiempo sola Quitos:
ayude la fortuna tus sucesos,
goza de su favor, que yo no envidio,
y tus conquistas tengan solamente
en uno y otro mar término fijo;
mas, pues todo lo cedo sin zozobra,
concedeme una vida que te pido.

Atah. Mama-Varcay, la vida, el Reyne,
el trono

siempre estarán pendientes de tu arbitrio,
Atahualpa te adora, y no pretende
reynar en el Perú, si no es contigo;
como este sea el precio, ordena, manda,
tus preceptos serán obedecidos.

Varc. ¿Que esto pueda sufrir? Cesa, Ata-
hualpa:

si eres Rey, ponle freno à ese delirio,
que han de sobresalir los Soberanos,
y nunca son ventajas los delitos.
¿Sabes que Huáscar vive?

Atah. Sé que tengo
en mis manos el mando y poderio
y que debe la vida à mi clemencia;
pero fuera rigor que un beneficio
estorvase mi amor: logre la vida;
mas lógrela cediendo al amor mio.

Varc. Eso sí, manifiesta tu carácter:
sepulta la razon en negro olvido:
desconoce tu sér: dí que eres fiera,
y que de fiera tienes sér y estilo.
¿Qué bárbaro hasta ahora ha caminado
tan descaradamente al precipicio?
las leyes, el honor...

Atah. Quando es violento
sabe amor disculpar qualquier delito.

Varc. Oráculo del odio y la torpeza,
¿quienes volver el horroroso siglo,
en el que la indolencia no escuchaba
siquiera à la verguenza sus avisos?
¿Preciaste de que Inca fué tu padre,
y no piensas en serle parecido?
restablece aquel tiempo miserable,
en que sin ley, sin Dios, sin domicilio,
no conoció el Perú quien le guiasse
sino es la sinrazon de su apetito.

Quando solo el acaso daba esposa,
que se perdia en el instante mismo,
el hijo nunca pudo amar al padre,
ni el padre supo conocer al hijo:
entonces fueras digno Soberano
de pueblo tal de tus costumbres digno.

Pero despues que para nuestra dicha nuestro gran padre el Sol enviarnos quiso al gran Manco-Capác, y à Mama-Ollo, prendas de su aficion y su cariño: despues que su dulzura, que su trato reduxo al pueblo à domicilio fijo, alumbró la razon, formó familias, les enseñó el adorno, y el cultivo, instruyó la piedad, fabricó templos, les hizo conocer un sér divino, à quien como hacedor del universo adorasen humildes y rendidos; el bárbaro Atahualpa, descendiente del mismo primer padre, de aquel mismo legislador amable y soberano, ¿quebrantará sus leyes y sus ritos? ¿confundirá derechos y familias? ¿y hará el Perú otra vez confuso abismo? ¿ò divino Hacedor!

Atah. No, no prosigas, ni pienses que te escucho convencido, engañada tal vez de mi silencio, que para mí no pesa quanto has dicho. Quando pretendí dar el primer paso para tomar la borla, que ya ciño, me pudo hacer temer la incertidumbre que habia otro poder mayor que el mio; pero ya independiente y soberano, puesto à mis pies el Cuzco, y sus dominios,

no es razon que mi gusto se violente; que nada pesa lo que el gusto mio.

Varc. ¿Qué es esto? ¿ya has llegado à tal extremo?

¿ni aun el remordimiento, aquel aviso que mortifica al reo à pesar suyo, no puede su eficacia usar contigo? Despierta à la razon: basta: Atahualpa, reconoce lo feo del delito, tanto mas horroroso, quanto sea mas elevado el puesto en que ha caido. Manco-Capác, legislador severo, puso por pena al robador indigno del honor estimable de sus hijas, una muerte afrentosa: y que sus hijos, su muger, sus criados, sus parientes, (qual si cómplices fueran) sus vecinos, sus ganados, las plantas, todo el pueblo en donde tan mal hombre hubo nacido, pereciese con él violentamente, sin perdonar ni templo, ni edificio. Esta severa ley, aunque tan justa, no ha sido executada en tantos siglos

el mas impuro reprimió el deseo por horror de la pena, ò del delito; solo tú...

Atah. Ya se cansa mi paciencia. ¡O que mal à Atahualpa has conocido, si juzgas en él facil, que abandone una passion violenta, un fiel cariño! Mas voy en solo un rasgo à descubrite mi genio y mi intencion.

Varc. No necesito mas que ver tus acciones.

Atah. Al oirme tendrás conocimiento mas preciso. Coya-Cuji-Varcay... no te alborotes, no ha muerto, no, el imán de tus cariños, en mi poder está. ¿Qué te suspende? mi gracia reservartela ha sabido. A restituirla voy à tus alhagos, y à escusar à tu error tantos suspiros, mas será condicion irrevocable, que admitas la Corona que te ciño, que estimes el Imperio que te ofrezco, y al lado de Atahualpa...

Varc. ¿Qué, qué has dicho?

Atah. Escucha interrumpirme. Ola, Soldados, traed à Coya-Cuji. Ay te la fio: si la adoras, procura libertarla: tu voz fállo ha de ser executivo: en tus manos está su vida y muerte: consulta con tu enojo, ò su cariño.

ESCENA V.

Varcay, Coya-Cuji.

Varc. Ya he consultado: matame, alevoso, atravieseme el pecho tu cuchillo, saca toda la sangre de mis venas; no la reserves para tal martirio.

Cuji. Madre, Señora... ¡ó Dios! ¿es esto sueño?

¿tu amor hnye de mí? ¿pues qué delito me prohibe tus brazos?

Varc. Mi desdicha.

Déxame huir el ayre que respiro.

Cuji. Lloré tu muerte, imaginé esta pena incapáz de encontrar algun alivio, y quando compasivo el Cielo quiere poner fin à mi llanto ¿tus desvios han de aumentar mi horror? yo he de mirarte escusando mi vista entre gemidos? ¡que desusada pena! Si mi vida, que juzgaba innocente, te ha ofendido, termine en este punto su carrera.

acabe en voluntario sacrificio;
pero no me aborrezcas.

Varc. Hija mia,

¡yo aborrecerte! el Cielo me es testigo
de que sola tu muerte imaginada
es el mayor tormento que he sufrido;
yo te amo, Coya-Cuji, yo te adoro,
tu inocencia merece mis cariños,
y... pero huye de mí. ¡Qué horror! ¡qué
asombro!

yo misma voy à ser fiero ministro
que el dogal asegure à tu garganta,
y al tierno pecho clave infiel cuchillo.
Yo misma, Coya-Cuji, te doy muerte,
tu contrario mayor es mi amor mismo.

Cuji. Si es amor quien me mata, Cuji muera.

Varc. ¡Ah, que no ha de poder amor sufrirlo!

Cuji. Cielo, ¿qué oposicion, qué enigma
es este?

¿pero mi padre Huáscar? ¿es delirio?
¿el sol le restituye? ¿es hoy el dia
de ver amontonados los prodigios?

ESCENA VI.

Varcay, Cuji, Huascar.

Huasc. ¿Dónde estás, Coya-Cuji? ¿Que
en fin vives?

llega à mis brazos, llega. ¿Mas qué miro?
¿tú lloras? ¡Varcay tan retirada,
quando ya deponiendo el odio antiguo,
ò suspendiendo un rato su fiereza,
Atahualpa llegar me ha permitido
à donde pueda veros!

Cuji. Entre asombros

marmol soy; mas tus brazos, padre mio,
siempre serán el centro de mi afecto.

Varc. Detente, Huáscar, que es nuevo mar-
tiro

el que el Tyrano intenta. No imagines
que por buscar à tu pasar alivio
te permite llegarte à Coya-Cuji;
ingenioso el carácter vengativo
quiere que ese favor tu pena aumente.

Huasc. Al menos el placer de haberla visto.

Varc. ¿El placer?... el pesar, el sentimiento,
la desesperacion... Cielo divino,
esfuerza mi valor; yo desfallezco:
este objeto enagena mis sentidos.
Tu hija ha de morir: hoy à tu vista
rá à executarse el fiero sacrificio:
la sentencia está dada, y de su muerte
te convida el Tyrano à ser testigo.

Cuji. Madre...

Huasc. Varcay...

Varc. Dexadme, que no puedo
à mi misma sufrirme.

Cuji. ¿Qué delito...

Huasc. ¿Qué impiedad...

Cuji. Pudo haber en mi inocencia?

Huasc. Pudo de tal estrago ser motivo?

Varc. Delito es, impiedad es execrable;
mas es el reo el Juez, y su castigo
manda que lo padezca el inocente.
Conocido à Atahualpa monstruo indigno.
Con ley precisa y dura me ha intimado
que resuelva... ¡qué horror! tiemblo al
decirlo...

subir al trono en sus alevés brazos,

ò ver morir en el instante mismo

à Coya-Cuji.

Huasc. Infame alternativa.

Cuji. Mi corazon asalta un mortal frio.

Varc. ¿Qué he de elegir? ¿la infamia, ò
la violencia?

¿el sacrilegio horrendo, ó el cuchillo?
destrama antes mi sangre, infiel Tyrano,
que obligarme à tan bárbaros partidos.

Huasc. ¡Triste Imperio! ahora sí que veo
los infaustos pronósticos cumplidos.

¡Sagrado Viracocha! ya ha llegado
el tiempo que tu ciencia nos predixo.

Huáyna-Capác, mi padre, fué el postrero
de los Emperadores siempre invictos,
hijos del Sol, que el Cuzco ha venerados
yo preso, miserable, y abatido
número no compongo: en él los doce
acabaron segun tu vaticinio.

El bastardo Atahualpa, que hoy impera
por medio de la infamia y artificio,
no es legítimo Rey: es un Tyrano,
un intruso, un infiel, un fementido,
que à la traycion mas torpe juntar sabe
el horror de sacrilegos delitos.

No es posible que el Cielo sufrir pueda
tanta abominacion; de su castigo
el término se llega. Rompa, rompa
de nuestra triste vida el débil hilo,
acabe la familia mas ilustre

que este sobervio Imperio ha conocido;
mas sepa que el decreto está ya dado
con breve plazo, término preciso
y que no ha de gozar el fruto infame
de su traycion, y abominables vicios.

Cuji. Madre, Señor, el dafio es sin remedio,
disimulad el llanto y el suspiro:
yo he de morir: el Cielo lo dispone:

justo es obedecer si así lo quiso;
 pero sea consuelo en tanta pena,
 lo que es à la verdad unico alivio.
 El Sol vé mi inocencia : à él dedicada
 en su templo mi vida hubiera sido
 tan pura è innocente , qual conviene.
 à quien debe emplearse en su servicio.
 A el Sol ha satisfecho mi deseo,
 quiere excusarme el culto , intenta fino
 llevarme en flor à su brillante trono,
 donde reyne por siglos sucesivos:
 muera , pues , y si el Sol así lo manda,
 tengamos todos sentimientos dignos.

Varc. Hija del Sol , tu noble afecto dice
 el claro origen que te dió principio;
 ¡mas ay! que quanto mas mi amor mereces,
 mas tu pérdida tiembla mi cariño.
 Llega à mis brazos , llega... pero Quiz-
 quiz...

ESCENA VII.

Huascar, Varcay, Cují, Quizquiz.

Quizq. Atahualpa , Señor , me ha prevenido
 que à su presencia lleve à Coya-Cují.

Varc. Esto es hecho : deten , cruel ministro,
 la sacrilega mano.

Quizq. Yo , Señora...

Cují. Permitidle , Señora , hacer su oficio;
 el Sol así lo quiere , obedezcamos,
 y en el temible instante , si es preciso,
 el Tyrano conozca , que no saben
 desmentirse jamás del Sol los hijos.

ESCENA VIII.

Varcay, Huascar.

Huas. Bien dices : Quiera el Cielo conde-
 dernos

el no sobrevivir à este martirio.

Adorada Varcay , cesen extremos,
 aunque los hace justos el motivo.

El fin nuestro se llega : ya el Tyrano
 con este fiero golpe nos previno:
 sigamos el impulso que nos guía,
 y acabemos de estar oscurecidos
 en estado tan triste y miserable:
 nuestro gran padre el Sol , el Sol divino
 nos llama ácia su trono. No escusemos
 obedecerle prontos.

Varc. No resisto:

ya veo que mi muerte está muy cerca,
 ¡ Oh , llegue ya su plazo apetecido
 que ponga fin à tantos sobresaltos!
 pero el Tyrano reyna : este martirio

causa mi dolor solo.

Huasc. De esa pena
 el Cielo justiciero ofrece alivio:
 ya se acerca el instante en que vomite
 el espíritu inmundo : ya el castigo
 prepara la justicia Soberana
 como debida pena à sus delitos.
 Huáscar , hijo del Sol , lo pronostica:
 el Sol puso en mi boca el vaticinio.
Varc. Cumplase su decreto irresistible,
 y quede un alevoso confundido.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Varcay, Quizquiz.

Varc. Respirémos siquiera , aun vive Cují;
 de Atahualpa los bárbaros intentos
 perdonan por un rato su inocencia.

Quizq. No descubro motivo à tu recelo;
 antes , Señora , espero , que ablandado
 Atahualpa , despues de tanto tiempo
 no quiera repartir aquella escena,
 época lamentable de su Imperio.

Varc. Dexa que me sorprenda tu discurso.
 ¿ No fué tu mismo brazo el instrumento
 de que se valió entonces la violencia ?
 ¿ No eres tú la confianza de su pecho ?
 ¿ No fomentaste su traycion alevé ?
 ¿ Sigue acaso otra voz que tu consejo ?
 ¿ pues cómo con semblante compasivo
 aparentas sentir tales extremos ?
 ¿ Tu corazón acaso se ha mudado ?
Quizq. No siempre el que obedece , gusta
 hacerlo.

Varc. ¡ Qué escucho! mas sigamos esta senda
 que à mi corta esperanza ofrece el Cielo.
 La razon poderosa te ha ilustrado,
 no creo que te anime el fingimiento,
 y si el partido justo à abrazar llegas,
 no están mis males lejos del remedio.
 Capitan poderoso de Atahualpa
 sus tropas te obedecen , por tí han hecho
 prodigios de valor , quando guiadas
 de la voz poderosa de tu esfuerzo
 rompian esquadrones enemigos,
 del Inca las conquistas estendiendo.
 ¿ Qué falta à tu valor , para que sea
 la gloria de los siglos venideros,
 sino que siga causa mas honrosa ?
 ¿ Qué fama tus proezas adquirieron
 quando las mancha un desleal principio ?
 El valor generoso , para serio,

se ha de apartar de toda alevosía,
 porque es la lealtad su fundamento:
 sin esta el mayor triunfo es ignominia,
 y mas que apauso, logra vituperio:
 sin esta el generoso es vil vasallo,
 y solo adquiere nombre de violento.
 Inclínate à lo justo: restablece
 el esplendor de este abatido Imperio;
 y fía de Varcay que tus hazañas
 no quedarán sin el debido premio.

Quizq. Señora, si esperára...

Varc. En mí confia:

qualquiera gracia, honor, ventaja, empleo,
 la juzgaré pequeña recompensa
 para servicio tal.

Quizq. No me resuelvo.

Varc. ¿Pues qué temes? ¿No sabes mi nobleza?

¿Ignoras mi palabra en quanto aprecio?

Pide, propon, yo empeño mi palabra:
 bien creo que conoces lo que empeño.

La dignidad mas alta será tuya:

tú serás el primero de mis Reynos;

contigo partiré quantas riquezas

todos mis ascendientes adquirieron.

Quizq. Empleos, dignidades ni riquezas,
 no bastan à moverme, y a las tengo.

Otro premio estimára, y al decirlo

me contiene el temor, me ata el recelo;

pero resuelto estoy. Mandad, Señora.

Las tropas valerosas que gobierno

sabrán restableceros en el trono:

yo pondré à vuestras plantas este Imperio:

Huáscar recobrará la roja borla,

legítimo blason de sus abuelos:

el Cuzco le ha de ver entrar triunfante,

y abatido el traydor que le ha depuesto.

Mas Coya-Cuji...

Varc. Acaba.

Quizq. Coya-Cuji

ha de ser recompensa de mi esfuerzo.

Varc. Traydor, bárbaro, infiel, ahora
 conozco

toda tu falsedad y fingimiento.

¿No basta à tu furor la alevosía,

y quieras arrojarte al sacrilegio?

¿Quándo la sangre pura de los Incas

llegó à tener tan abatido empleo?

¿La legítima acaso se ha mezclado

con la de los vasallos algun tiempo?

¿Coya-Cuji, Varcay, hija de Huáscar,

ofrecida por tal del Sol al templo,

para que entre sus vírgines esposas
 se dedique à su culto y à su aseó,
 quebrantando su fé será robada,
 aun de la santidad del ministerio,
 para darla à un infame?

Quizq. Yo, Señora...

pero Atahualpa... Amor disimulemos.

ESCENA II.

Varcay, Quizquiz, Atahualpa.

Atah. Impaciente hasta ver si has elegido-
 vengo à saber, Varcay; lo que has resuelto.

¿Quiéres reynar, ò muere Coya-Cuji?

¿Elijes el cuchillo, ò el Imperio?

Pero si no me engaño, el sobresalto,

el ardor, è inquietud con que te encuentro,

es clarísimo indicio que ha vencido

en el combate el maternal afecto.

Reyna, Reyna, Varcay, y de tu hija

brille felfz el puro candor terso.

Varc. ¿Que brille, quando piensa en em-
 peñarle

el mas soez y venenoso aliento!

Sigue, Atahualpa, sigue esa carrera,

haz que un delito sea de otro empeño;

que quando se desboca el Sobrano,

arrastra al inferior con el exemplo.

Mientras tu crueldad y tu violencia

hallan facil la entrada al adulterio,

este vasallo fiel de tal Monarca, (*à Quizq.*)

manifiesta sacrilegos deseos...

A la esposa del Sol, à Coya-Cuji

se ha atrevido su amor. ¿Qué vilipendio!

¿Pero si abres escuela de delitos

no se ha de aprovechar con tal maestro?

¿Y dudas lo que elijo? Quando fuera

dudosa la eleccion en los estramos,

yo misma la matára, por no verla

expuesta al deshonor de un sacrilegio.

Ya ha resuelto Varcay. Mata, aniquila,

no quede rama alguna al tronco regio;

mas teme, que si reynan los delitos,

no es Atahualpa ni inmortal, ni eterno,

ESCENA III.

Atahualpa, Quizquiz.

Atah. ¿Qué escucho! aqui importa el dia
 simulo.

Solos hemos quedado; no me quejo

de que adores amante à Coya-Cuji,

su hermosura merece bien tu afecto.

¿Mas

¿Mas por qué me lo ocultas? ¿Tal vez piensas

que ha de hacer mi amistad contigo menos que el mismo Huáscar si á servirle llegas?

Quizq. Yo, Señor...

Atah. No es decir que este recelo altere mi confianza: bien conozco tu lealtad, y tu amor: sé que tu esfuerzo asegura en mis sienes la Corona, y no sabré olvidar lo que te debo.

Quedé, muerto mi padre, Rey de Quito, y Huáscar-Iaca, poco satisfecho; quiso que le rindiera el omenaje del heredado, aunque pequeño Reyno. Conocí su poder, el disimulo guió mis pasos con seguro acierto, y fingiendo querer obedecerle, propuse castigar aquel soberbio.

Tú dirigiste todas mis acciones: tu prudencia guiaba por diversos caminos varias tropas, que dispersas se animaba al Cuzco, con pretexto de celebrar exequias á mi padre con el fausto debido á su honor regio. El arificio adormeció al Tyrano; y quando le avisaron sus recelos, ya tu valor, tu ardor, tu diligencia no le dexó lugar á útiles medios.

El campo occidental de la gran Cuzco. teatro de catástrofes violentos, me vió por tu valor triunfar altivo de un Rey, que me adoró rendido y preso.

Tú me pusiste la encarnada borla, singular distintivo de este Imperio: por tu consejo de la Real estirpe cortó el cuchillo los pimpollos tiernos, y, agotada la sangre de los Incas, pude adquirir legítimo derecho.

Si á Huáscar reservé, fué porque viera entre dolor y angustia estos objetos, que á su vista, en tres años repetidos, una muerte sin fin sufrir le han hecho.

Yo confieso que á ti lo debo todo: á solo tu valor y tu consejo puede deberse un hecho tan glorioso, que será singular y sin exemplo; mas quando reconozco tus servicios, quando deudas tan grandes te confieso, que por ellas quisiera darte en pago una porción del adquirido Reyno, ¿me recatas tu amor? ¿Pienzas acaso hallarme ingrato? Si este pensamiento

supo en tí despertar desconfianzas, bien pueden desecharlas desde luego. Resuelto estoy á darte gusto en todo.

¿Amas á Coya-Cuji?

Quizq. Mi respeto,

y no mi amor dirige mis servicios. Si Varcay pudo equivocarse afectos; por despertar tal vez desconfianzas, yo sé lo que á una esposa del Sol debo. La brillante deydad que el Perú adora, tiene elegida ya para su templo su temprana hermosura: en él cerrada pasará Coya-Cuji todo el tiempo que el mismo Sol de vida la dispense; sin que el amor mas lince, ó mas despierto se atreva á registrar sus bellos ojos, que solo han de servir al sér supremo.

Atah. Basta, Quizquiz. La justa confianza con que en toda ocasion te manifiesto mi modo de pensar, pudiera darte mayor seguridad, menos recelo, para que no pretendas deslumbrarme. Tú sabes mis ocultos pensamientos, sabes que las pasiones que declaro no suelen ser de mi aficion empeño, sin gradas políticas, que elevan á la consecucion de mis intentos. La ambición es en mí la dominante, las demás á su vista con lo menos, que tan sin sobresaito sacrificio, quanto sin impresiones las adquiere. Estarás persuadido que idolatro á Varcay, porque miras mis extremos; pues sabe que bien lejos de adorarla, con todos mis sentidos la aborrezco.

Quizq. ¿ Señor!

Atah. ¿De qué te admiras? Yo he temido que el Perú, que á mis pies gime sujeto, tal vez pudiera aborrecer el mío, el legítimo Imperio apeteciendo. Con esta mira quise de sus ojos apartar para siempre los objetos que despertasen su pasión violenta á la dominacion de antiguos dueños. A Varcay solamente reservaba para que, compañera de mi Imperio, todas las turbaciones aquietáse por tener tan legítimo derecho. Este es todo el amor que aparentabas toda su vehemencia para en esto. Ya conoces ahora mi carácter; hablame confiado, que si puedo pagarte, la mitad de mi Corona

será de tus servicios corte premio.

Quizq. Señor, yo nunca amé.

Atah. Pues no te engañes, guardando tu afición en el silencio, que quizás quando quieras descubrirla habrá faltado ya tu amante objeto.

Llama á Varcay, y á Cuji.

Quizq. Voy al punto.

SECENA IV.

Atahualpa.

Poderosa ambicion, reflexionemos. Quizquiz adora á Cuji: yo conozco de Varcay el carácter justo y recto; ella me lo asegura, aunque él lo niega: ¿si habrá acaso elevado el pensamiento hasta querer reynar, y para el lógro busca rama legítima?. Esto es hecho: dudas de la ambicion son evidencias: solo la sangre aquieta sus recelos. Mueran todos. Político engañado tres vidas perdóné por tanto tiempo, y en cada qual la mia amenazada pudiera en todo instante hallar un riesgo; O locura! ¿ó engaño! Huáscar muera, muera Varcay, y Cuji muera luego: hoy ha de ser el día que al Real tronco he de cortar el último renuevo. ¿Mas Quizquiz, una vez ya declarado, podrá acaso?... sí... sí... doylo por cierto; muera tambien: no quede á mi peligro ó á mi susto embarazo el mas pequeño: todos han de morir. Mas Varcay llega. Atrevida pasion, disimulemos: veámos si el alhago y el carifio pueden servir de llave á este secreto.

ESCENA V.

Atahualpa, Varcay, Cuji.

Varc. ¿Qué nos quieres? ¿estás determinado? adúla, pues, el ímpetu violento de tu feróz pasion. Cayga truncada esta brillante flor. Triunfa sobervio mientras está el Perú tyranizado. No temas que yo estorve el golpe fiero; antes le apeteciera duplicado, por perder de la vista un vil objeto.

Atah. Sosiegate, Varcay. De tu constancia y tu virtud el merecido premio será la libertad, y no la muerte: yo mismo reconozco quanto debo á las heroicas ramas, que destina nuestro gran padre el Sol para su Imperio.

Varc. ¡Qué escucho!; es Atahualpa!

Atah. Sí, Atahualpa

quiere borrar el poco fiel concepto.

Quando Huáyna-Capác me dexó á Quito, Huáscar mismo prestó el consentimiento; violencia fué querer despues quitarme de Soberano el timbre mas excelso.

Violó injusto el concierto mas sagrado, irritóme tan ciego atrevimiento, y el vengativo ardor. ¿mas qué me canso? difícil es que olvides los sucesos.

En medio de las muertes y violencias, reservando el legítimo heredero, quise mostrar que mi ambicion no aspira á subir para siempre al trono regio.

Mas como la venganza, aun siendo justa, siempre suele dexar resentimientos, no te admire que mal asegurado dilate restituírle tanto tiempo.

Los combates de amor han sido pruebas para ver tu carácter siempre recto, y conocer si pueden tus promesas ser fianza segura de un concierto.

Ya satisfecho estoy.

Varc. ¡Cielos, qué escucho!

¿soñó jamás el gusto igual portento?

Atah. La paz ha de quedar establecida, con que Varcay admita los convenios.

Varc. Atahualpa, ¿es posible? Ordena; manda

arregla quanto quieras: desde luego los pactos aseguro con mi vida, como en la de mi esposo no haya riesgo. ¡Féiz quien mira el fin de tanta penal!

Atah. Tu alegría me dexa satisfecho: justo será que á Huáscar comuniques esta resolucion; mas antes quiero que un favor me concedas.

Varc. ¿Puede alguno dificultarse un punto? Yo concedo quanto Atahualpa quiere: sea el gusto la medida cabal de su deseo,

Ata. Yo agradezco, Varcay, tus expresiones. Quizquiz mi Capitan es á quien debo el llegar á la gloria á que he subido: todo se ha conseguido por su esfuerzo: yo quisiera premiarle: Aunque no logra de ser hijo del Sol el privilegio; nació de ilustre sangre: á Coya-Cuji adora, ya lo sabes: yo no puedo pagarle de otro modo sus servicios, porque qualquiera recompensa es menos. Permíte que su mano...

Varc.

Varc. No prosigas,
que ya conozco ahora el fragimiento.
¿ Para esto alentabas mi esperanza ?
¿ odios disimulabas para esto ?
Vuelve, vuelve, Atahualpa, á tu ca-
rácter,
retírate de estado tan violento,
y dexale correr segun su impulso,
que nunca la clemencia fué su centro.

Cuji. Y sabo (si el hablar me es permitido)
que si quisiera tu poder sobervio
precisarme á violencia tan injusta,
olvidando que soy del Sol empleo,
yo misma me matára; pues encubro
suficiente valor en años tiernos
para haer á mi esposo el sacrificio,
y llegar á su altar con puro aliento.

Atah. El ardor os engaña; medítadlo
mientras yo me retiro.

ESCENA VI.

Varcay, Cuji, Quizquiz.

Varc. Ahora veo
adonde se encamina el artificio;
pero es un artificio muy grosero.
Todo causa recelos á un Tyrano,
porque está alimentado de recelos:
en sus mismos amigos mira agravios:
teme que harán lo que él hubiera hecho.

Quizq. Señora, si mi error no desmerece,
quando ya arrepentido lo confieso,
que escucheis mis razones; permitidme
aprovechar el unico momento,
que tal vez hallará mi desengaño.

Varc. ¿ Qué quereis ?

Quizq. Atahualpa falso y fiero
lleno está de sospechas. Yo conozco
el impetu furioso de su genio,
que se resuelve pronto y vengativo,
y lleva la venganza hasta el extremo;
si no se opona algun remedio breve,
vuestra vida y la mia corren riesgo.
A serviros estoy determinado,
sin otra recompensa ni otro precio,
que libertar mi vida amenazada:
unamos nuestras fuerzas y consejo.
Yo mando los Soldados de la guardia,
y de todas las puertas soy el dueño.
Huyamos ácia el Cuzco, y reforzados...

Varc. Cesa, porque escucharte mas no quiero.
Ya he visto tu traycion: y quien ha sido
desleal tantas veces y protervo,
dificilmente puede en un instante

desmentir la razon de un concepto;
porque es pena del falso, creerle falso
aun la vez que quizás es verdadero.
Mi padre el Sol me guarda, y si resuelve
que le acompañe en ese tronco excelso,
mas estimo la muerte decorosa,
que admitir un auxilio torpe y feo.

ESCENA VII.

Quizquiz.

¿ Qué es esto, Cielos ? ¿ todos me aban-
donan ?

¿ yo he podido variable é indiscreto
atraharme de todos la sospecha ?

¿ Mama-Varcay me mira con desprecio,
Atahualpa recela, y de mi vida,
que tanto le ha servido, está sediento;

¿ y yo con indolencia estoy tranquilo
entre tantos peligros ? Ea esfuerzo,
coronemos la accion: muera Atahualpa:
lo que él piensa, pensémoslo primero.
¿ Pero qué es lo que digo ? ¿ sus designios
no necesitan mas convencimiento ?

No: porque yo conozco su carácter,
y para un ambicioso los recelos
siempre fueron delito averiguado:
¿ mas que con Varcay me he descubierto;
¿ y quién duda que diga mis trayeiones,
como pado otra vez decir mi afecto ?
Por todas partes veo mi peligro;
pues acudamos presto á su remedio.
Pero Atahualpa vuelve: de sus vocas
puede ser qué rastree sus intentos:
estemos prevenidos, y entre tanto
el golpe suspendamos.

ESCENA VIII.

Quizquiz, Atahualpa.

Atah. Yo me alegro
de volverte á encontrar, que necesito
de sola tu person. Dime: ¿ es cierto
que no adoras á Cuji ?

Quizq. Tengo dicho,
Señor, que no fué amor lo que es respeto.
Atah. ¿ Te atreves á servirme contra ella ?
Quizq. ¡ Fuerte lance ! ¿ pues cómo dudais eso ?
No sabeis...

Atah. Ya lo sé, y asegurado
vengo solo á frar de tí un empeño.
En breve has de partir con Coya-Cuji:
dirás que vas al Cuzco, y que en el cam-
plo
del Sol yá á dedicarse por esposa;

pero luego que salgas de este pueblo, harás que muera en la vecina selva, y poniendo à tu vuelta alguna pretexto, me traerás su cabeza.

Quizq. Señor... quando...

Atah. ¿Qué es eso? ¿tú te turbas? ¿es respeto solo el que te contiene? ¿tú ocultabas una pasión que manifiesta el miedo?

¿Yo te quiero servir, y tú recelas el descubrirte à mí? ¿Quien de mi pecho ha sido la confianza, así retira ácia la desconfianza sus secretos?

Quizq. Señor.. perdido estoy.. no sé qué diga...

si pude alguna vez.. à tus pies puesto..

Atah. No mas. Ya tu pasión he conocido: signeme. *(al retirarse Atahualpa.)*

Quizq. Vive el Sol, que es desacierto malograr la ocasión, y.. *(toma el dardo.)*

Disparan dentro, y vuelve Atahualpa, con lo que se contiene Quizqiz.

Mas la esfera cae precipitada.

Atah. ¿Mas qué estruendo jamás oido mi valor altera?

¿Si el Sol tan despejado está y sereno, cómo dispara rayos? ¿Quién ha oido jamás en Casamarca el fiero trueno?

¿No respetó al Perú siempre? ¿pues cómo

ha abortado la esfera el fuego horrendo que asusta la region con estallidos?

ESCENA IX.

Atahualpa, Quizqiz, Chalcuchima.

Chal. Señor, aquellos nobles estrangeros, hijos del Sol, pues que disparan rayos, y tienen à su arbitrio los incendios: los que con novedad jamás oida muestran barbas poblados de cabellos: aquellos Capitanes invencibles, que segun las noticias nos traxeron, arribaron à Púna, y de allí à Tímbez, llenando la region de heroicos hechos, entran en Casamarca.

Atah. ¡O Dios, qué asombro! Ahora los oráculos finnestos aviva la memoria. ¿Cómo vienen? ¿es indicio de guerra ese violento estrépito que imita tanto al rayo

Chal. De paz, dice, que llegan, y está el pueblo

asombrado al mirarlos. Sobre monstruos de vasta mole, aunque al correr ligeros, entran sentados, dominando altivos à tan sobervios brutos, que sujetos obedecen sus señas, y parece que es hombre y bruto de una pieza hecho.

Atah. No sé qué extraordinario sobresalto me trae esta venida.

Quizq. Aquel estruendo me suspendió la acción.

Atah. Id, y guiadles, mezclando aclamaciones y cortejos, hasta mi real palacio.

Chal. A obedecerte voy al instante. *vase.*

Atah. Siguele, y suspensos à *Quizq.* queden nuestros intentos por ahora, que llaman la atención cuidados nuevas,

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Atahualpa, Pizarro, Quizqiz, Chalcuchima, Soldados Peruanos, Soldados Españoles que trahen algunos regalos.

Piz. Inca noble, Monarca respetado, generoso Atahualpa, à quien eleva del Perú à la grandeza soberana el conjunto feliz de heroicas prendas, permítid que os anuncie paz y dicha en nombre de mi Rey, que el orbe tiembla.

Atah. Decid quanto queráis sin embarazo: Atahualpa os concede su licencia.

Piz. Don Carlos, mi Señor, Quinto en el Austria, y primero del nombre en nuestra Herperia:

aque! Monarca invicto, que domina en donde nace el sol que arde en la esfera, sin darse casi instante en que no brille en sus Reynos la luz de este Planeta: el que en Europa manda à la Alemania, Aguila superior de dos cabezas, doma el Leon de España generoso, que tantos Reynos en su Imperio cuenta; rige las dos Siciias: le obedecen el Bítavo, Lombardo, y duro Belga, los que habitan las Islas Baleares, y otros que, por ceñirme, no se cuentan: el que al Africa ardiente tiene à raya,

oponiendo á su término barreras,
Mazalquivir, y Orán de Argel je Reyno,
á la soberbia Túnez la Goleta,
al de Fez, ó la antigua Mauritania,
el fuerte Velez, el Peñon, y Zenta:
que domina las Islas fortunadas,
en donde Tenerife el Pico eleva,
que supo dar principio al meridiano
por la altura excesiva de su Peña:

aquel, que aun á las partes mas remotas
que baña el Indio mar, y el Ganges riega,
estiendo sus dominios, y hace al Asia
que en sus últimos; senos le obedezca:
aquel en fin, Señor, por no cansaros,
que en la estendida parte, y casi inmensa
del ignorado mundo, ha conquistado
tantos Reynos, Provincias tan diversas:
que manda á la Española, á la Jamayca:
á la Isla de Cuba, que sujeta
al estendido México y su lago,
silla Imperial de singular grandeza,
y, acabe de una vez, un nuevo mundo
límite de este Imperio en que el Sol reyna:
Don Carlos, mi Señor, salud envía.

Y como su benéfica grandeza
solo comunicarse solícita
para dár de su amor seguras señas,
de tan remotos climas nos dirije
solo para deciros, que desea
vuestra amistad, Señor: y que la suya
os ofrece con gusto, y fé sincera;
pues aunque Emperador tan poderoso,
desestima el poder, sino lo eleva
á grado superior, prenda mas alta
de expresiva y real beneficencia,
imitando á su Dios eterno y uno:
aquel Dios infinito por esencia,
el Hacedor de todo; á quien se humillan
el Cielo, el Sol, la Luna y las Estrellas
el que al hombre formó: que al Sol dió
rayos:

crió la luz que nuestra vida alegra:
llenó los mares: y á la tierra toda
le dió figura, peso y consistencia.
Y en prueba del amor con que os saluda,
y el seguro cariño que os profesa,
ese corto presente por mí envía,
fruto de las provincias que sujeta,
porque en la variedad y el asuñicio
podais formar de su poder idéa.

Atah. Valeroso Español, confuso admiro
de vuestra voz la poderosa fuerza,
que con dulce violencia me arrebató,

aunque no llego en todo á conceerla.
Ceñido de dos mares, sospechaba
que no había otro mundo, ni otra tierra
que el límite forzoso de las aguas,
que de ambos lados mis dominios cercan;
mas ya por vuestra voz desengañado,
admiro el gran poder y la opulencia
del Monarca feliz, que aquí os envía
de climas tan remotos, donde reyna:
sus virtudes me atrahen; y aseguran
una correspondencia y paz eterna:
estímo su amistad, y de la mia
le procuraré dar seguras pruebas,
ya que no con regalos tan preciosos,
con el fruto y metal que el Perú engendra.
En quanto á lo demás que me habeis dicho
del Hacedor de todo, y de la inmensa
potestad de ese Dios que formó al hombre,
y hace que el Sol rendido le obedezca;
permitid que suspenda contestaros,
que no son tan recónditas materias
para alcanzarse á la primera vista,
ni convencer en la razon primera.
Descansad entre tanto. Mi palacio
es vuestra habitacion. Las tropas vuestras
estarán regaladas y servidas,
mientras valerse de mi Reyno quieran.
Quizquiz.

Quizq. Señor.

Atah. Guad los Españoles.

Piz. Guardeos el Cielo

Atah. Id en hora buena.

ESCENA II.

Atahualpa, Chalcuchima.

Atah. Ya hemos quedado solos, Chalcuchima:
dexa que del afan de mis sospechas
me descargue contigo. Siempre has sido
digno de mi confianza; espero seas
mas leal que algun otro.

Chal. En todo lance
encontrareis rendida mi obediencia.

Atah. ¿Aseguraste á Huáscar?

Chal. Desde el punto
que mandasteis que nadie verle pueda,
no ha visto al Sol su padre.

Atah. ¿O qué mal hice
en suspender su muerte! mis cautelas
temo ya que no surtan buen efecto:
el pronóstico infausto me atormenta:
la vista de estos hombres que han llegado
de tan remotos climas me dá pena:
el ayre magésinoso me arrebató

pero su gallardía me amedrenta.

Chal. Es efecto del traje extraordinario, de las armas que visten, y de aquella tan rara habilidad, con que sus manos truenos y rayos rigen y manejan; mas de paz han llegado.

Atah. ¡Ay Chalcuchima!

que la paz que prometen no me quieta.

Ese Dios poderoso que ellos siguen ha llenado de espanto mis ideas.

Huáscar es el legítimo, el Imperio

le toca por derecho: si es que llegan

á saber que le he preso, es muy posible que tomen á su cargo la defensa:

y entonces... mi valor me desampara:

un mortal frío corre por mis venas:

¿qué he de hacer? ¿Pero no soy Atahualpa?

¿no soy aquel, de quien la diligencia

y el valor obligaron la fortuna

á que favoreciese sus empresas?

¿No mando en el Perú? ¿no me obedece,

y solo de escuchar mi nombre tiembla?

pues rompa de una vez: cesen estorvos; muera Huáscar. ¡Mas ay, que aunque

mas sea

su muerte necesaria, no es posible

lograrse en Casamarca! Una sospecha,

un indicio, un rumor causar podría

alboroto terrible: la asistencia

de tantos extranjeros lo animará,

quando viva Varcay no lo conmueva.

Otro susto. ¡Varcay! ¡Qué loco he sido

en darle libertad! si ahora pudiera...

mas no; disimulemos: no es posible

lograrse todo junto: el susto atienda

á lo que mas conviene. Chalcuchima.

Chalc. Señor.

Atah. Parte al instante, parte á priesa,

y mientras en mirar los extranjeros

está suspenso el pueblo, tú aprovecha

los instantes, y saca de aquí á Huáscar:

dirigele ácia Xauja en diligencia

con algunos Soldados de confianza,

que allá te avisaré lo que hacer debas.

Chalc. Voy pronto á obedecerte. *usc.*

Atah. Con espanto.

imágenes terribles me rodean;

pero Varcay. Oculte mi semblante,

si es posible, el horror que el alma llena.

ESCENA III.

Atahualpa, Varcay.

Varc. Atahualpa, ¿qué es esto?

Atah. ¿Qué, qué tienes?

Varc. ¿Qué novedad irregular es esta?

¿dónde Huáscar está? ¿por qué prohibes á su infeliz esposa su presencia?

Paso á verlo, y me ocultan su persona:

pregunto, y nadie sabe dar respuesta.

La crueldad acaso... ¡ó! no es posible.

Sacame de esta duda, ó atraviesa

el pecho de Varcay, si el de su esposo sufrió ya el golpe atroz de tu violencia.

Atah. Sosiegate, Varcay: vivo está Huáscar.

Varc. Esa noticia solo me sosiega;

mas ¿dónde está? ¿por qué de mí le ocultan?

Atah. La confusion, Varcay, y la sorpresa

de ver los extranjeros que han llegado,

ha sido la ocasion, bien que ligera,

de mandar retirarle; pero siempre

dura en mi pensamiento aquella idea

de la propuesta paz.

Varc. De mi ignominia

dirás mejor, si los conciertos eran

con unas condiciones tan infames.

Atah. Admírome de ver que las reprobas,

quando Quizquiz ha sido tu confianza.

Varc. ¿Mi confianza? tal le hacen tus sospechas;

pero yo de un traydor jamás me fio;

y quando mi confianza mereciera

pagára de otro modo sus servicios,

no á costa de una infamia como esa.

Atah. Está bien: yo me pongo de tu parte;

mas Quizquiz me ha servido con fineza,

justo es recompensarle, ya que dudas

hacer eso por mí. ¿Qué recompensa

te parece, Varcay, proporcionada?

Varc. Como yo en sus acciones no hallo deuda,

por ser todas injustas, no es posible

que proporcione premio, sino pena;

pero quando le hubiera ¿á un Rey

faltan

empleos, dignidades y riquezas

con que poder premiar? ¡Mas qué canso

si todo es invencion de tu cautela!

¿Te avergüenzas de no premiar á Quizquiz,

y de prender tu Rey no te avergüenzas?

Guarden mas consecuencia tus acciones,

Atahualpa, si quieres que te crean:

restituye al legítimo su trono:

y ya que á tantas vidas dar no puedes

el generoso aliento que quitaste,
 perdone tu furor à la cabeza.
 Entonces sí, entonces creerse puede
 que nos habla tu voz con fé sincera,
 y que el honor volvió à encontrar su
 centro
 por el fijo camino de la enmienda;
 pero mientras tu falso disimulo...
 ¡Mas Coya-Cuji! ¿qué violencia nueva
 alterada te trahe!

ESCENA IV.

Atahualpa, Varcay, Cuji.

Cuji. ¡O, Sol! Mi padre
 preso por Chalcuchima... ¡ hablar no
 acierta
 mi turbacion... yo misma, yo le he visto
 custodiado de guardias que le cercan.
 Los Soldados.. mi padre.. su semblante,
 todo, todo conspira à mi sospecha.
 ¡Ay madre! Huáscar muere.

Varc. ¿Qué, qué dices!
 ¿Atahualpa, qué es esto? ¿Qué hereza
 te hace sacrificar la mejor vida
 mientras à mí me engañas? ¿este era
 el pensamiento de paz, alevé,
 y la seguridad de tus promesas?
 ¿No te espanta el horror de tal delito?
 ¿executarle puedes con serena
 tranquilidad? ¿qué horror! matame, in-
 fame,

matame antes à mí; mas no entretengas
 con frívolas razones mi esperanza,
 quando en Huáscar el alma me atraviesas.
 Permíteme salir donde la muerte
 por medio del cuchillo juntar sepa
 dos pechos amorosos, que aborreces,
 porque te dan en rostro, porque acuerdan
 con su vista trayciones alevesas
 al indigno poder que los afrenta.
 Permíteme salir...

Atah. No hay que moverte,
 sosígate, Varcay; que si atropella
 alguno injustamente mis mandatos,
 yo sabré castigarle. Aquí me espera,
 mientras pongo remedio.

ESCENA V.

Varcay, Cuji.

Varc. ¡Ah falso, alevé!
 ¿piensas que no conozco, aunque te au-
 sentas,

que firé mandato tuyo? ¿ahora finges,
 quando tal vez el término acelezas?
 ¿dónde pudo caver tal villanía?
 ¡llenarme de esperanzas, que aunque
 inciertas,
 como las apetece mi desdicha,
 hallan alguna entrada en mis ideas,
 y prevenir el golpe en el instante
 en que no se esperaba! No son nuevas
 máquinas tales en tu pecho alevé;
 ya me las ha mostrado la experiencia
 dias há... ¡mas que miro l esposo amado.

ESCENA VI.

*Varcay, Cuji, Huáscar, Chalcuchima
 Soldados Peruanos.*

Chalc. ¡O que azaroso encuentro!

Huasc. Ya mi pena,
 adorada Varcay, no es tan sensible:
 el Sol me ha conducido, antes que muera,
 que de tí me despida. A Dios, esposa.
 A Dios, amada hija: llega, llega
 à los brazos de un padre que te adora.
 Llegá, Varcay, tambien.

Chalc. Señor... detienelas *Chalc.*

Huasc. ¿Qué intentas?
Chal. Qualquiera detencion en mí es delito:
 la orden fué precisa... mi obediencia...

Huasc. En esta detencion poco aventuras;
 si bien el sobresalto y la cautela
 con que de aquí me sacas, rodeando
 salas y galerias, bien demuestra
 que te mandaron evitar la vista
 que un acaso concede. Si es la fuerza
 tan desigual, cedamos. Ya conozco
 que esta será quizás la vez postrera
 que Huáscar logre veros. Mi partida
 anuncia esta desdicha.

Varc. ¡Ay Dios! espera,
 permite que en la muerte te acompañe
 la esposa mas fiel.

Cuji. Logre mi pena,
 crueles guardias, que à mi triste padre
 me dexéis abrazar.

Chal. De su presencia,
 que tanto evitar quise, algun mal temo.

Cuji. Padre...

Varc. Esposo.

Chal. Soldados, detenedlas,
 mientras salgo con Huáscar. Señor vamos.

Huasc. Vamos, si mi desdicha así lo ordena,
Caminando.

A Dios, esposa mia, à Dios, mi Cují:
Huáscar os ama siempre: la violencia
de vosotras me aparta: este tormento
es mayor que la muerte. El Cieló quiera
haceros mas felices, y al Tirano
le dé el justo castigo.

Varc. En vano piensas
detenerme, cruel.

à *Chal.*

Chal. Señora...

Varc. Aparta;

ò con tu dardo el pecho me atraviesa.

Chal. Algun grave mal temo.

Cují. Padre mio.

Huas. Hija infeliz, ni aun el consuelo queda
à mi dolor de recibir tu llanto.

Varc. ¡Ay, esposo! que barbara tentencia
me prohibe morir entre tus brazos?

Huas. Vive, Varcay, y el Sol piadoso quiera
reservar quien anime la venganza
de tan cruel agravio.

Chal. El mal se aumenta:
retiraos, Señora, ya no puedo...

Varc. Dexame que me acerque ò has que muera
No perdones la vida, que es odiosa,
si à Huáscar sacrificas.

Huas. ¡O Sol! templa
tan acerbos dolores, porque el pecho
no tiene sufrimiento à tanta pena.

Chal. Detenedlas, Soldados. Señor, vamos:
mirad que mi respeto no halla senda
que no le precipite,

Huas. Ya te sigo;
sola esa indignidad falta à tu ofensa.

ESCENA VII.

Varcay, Cují.

Varc. Matadme antes, alevos.

Cují. ¡Padre mio!...

Varc. O tirano Atahualpa! ò monstruo ò fiera!
que intentas? mas qué dudo ya es patente,
conosido tu genio, lo que intentas.

Paz ò disimulabas? paz fingias?

Qué tengo de dudar? mi muerte es cierta:
esa fingido alhago, disimulo

es la declaracion mas verdadera;
que nunca el vangativo se reprime,

sino para romper con mas violencia.
Cielos, à donde iré? por todas partes

los ministros infames que nos cercan

impiden la salida. Nuestro llanto

es medio ineficáz para una queja:

báxo pretextos falsos se retira,
porque nuestros suspiros le molestan;

ò porque descubiertas sus trayciones
no tiene avilantéz de sostenerlas.

Yá lloré muerto à Huáscar, y en el día
en que mi admiracion vivo lo encierra,
ha de ser solamente para el susto
de sentir repetida su tragedia?

Muramos, Cují: acabe nuesrra vida:
salga nuestro dolor de esta miseria:
violentemos la guardia, é irritemos
su barbaro furor en nuestra ofensa.

Muramos à sus manos. Pero ay Cielos!
que nuestra infeliz muerte no remedia
el meditado golpe del Tyrano,
y Huáscar al suplicio corre apriesa.

No sé à donde volverme. En tanta angustia
la muerte es menos mal, y... pero esperas:
aquellos estrangeros que han llegado,
àcia aqui se encaminan: su presencia
nuevo valor me infunde: nuestra dicha
los ha guiado de remotas tierras
tal vez para instrumentos del castigo
que el Tirano merece: no se pierdan
los preciosos instantes.

ESCENA VIII.

Varcay, Cují, Pisarro, Quizquiz.

Pizar. Vuestro ingenio ò *Quiz.*

está bien demostrado en esta excelsa
fabrica... Mas, Señoras, que disgusto
ofusca en vuestros ojos la belleza?

Varc. Generoso Español, à quien los Cielos
armaron de valor y fortaleza,
para que vengar pueades sus injurias;
asiste à una infeliz que à tus pies llega:
esposa soy de Huáscar, que este Imperio
heredero legitimo confiesa:

El bastardo Atahualpa le ha quitado
Imperio, y libertad: hoy con cautela
à mis ojos le arrancan de palacio

despues que habeis llegado. La presteza
indica su intencion: vuestra llegada
la victima à sus iras acelera:

tal vez en este instante ya el cuchillo
amenaza de Huáscar la cabeza:
socorredle, Señor, dadme su vida,
y sed heroico amparo de la nuestra.

Piz. Sorprendido, Señora, al escucharos...
pero porque veais que se intereza
en la vuestra mí vida, con las obras
solo quisiera daros la respuesta.

Antes que otros intentos lo dilaten,
à la seguridad es bien se atienda
de la vida de Huáscar; declaradme

por donde se dirijen : por qué senda los indignos ministros le arrebatan, para que yo oponiendo fuerza à fuerza, los castigue, y à Huáscar restituya.

Varc. Obra siempre, Señor, con tal cautela,

y con tanto secreto el disimulo del Tyrano, que solo se sospechan, pero jamás se saben sus intentos: una casualidad hizo que viera arrebatat à Huáscar : su destino le ignore todavia ; mas contempla mi temor que ázia el Cuzco se dirije.

Pizar. La falta de noticia en tanta empresa pudigra malograrla ; mas importa acelerar los pasos ; O Dios ! sean felices.

Varc. Esperad : con vos asiste quien depósito es de las ideas del Tyrano ; haced que la declare à pesar suyo. Quizquiz ¿ à qué esperas ? tú eres la confianza de Atahualpa, de tí se vale su traycion violenta. ¿ A donde llevó à Huáscar ? ¿ con qué intento de aquí le retiró ? di.. manifiesta el lugar, la intencion.

Quizquiz. Señora....

Varcay. Acaba.

Pizarro. ¿ No me obligues, Soldado, à que la fuerza...

Quizquiz. La fuerza es la que menos me obligará.

Atahualpa me mira con sospechas hace pocos instantes : Varcay sabe el motivo, que basta à entretenerlas. No vivo mas seguro yo que Huáscar : una vez que recelos alimenta, mi vida corre riesgo. Este peligro es sobrado motivo à que os dixera, si los supiese, los intentos ayo ; pero ahora conozco que me aleja de sí, quando me manda acompañaros, solo porque sus máquinas no entienda.

Pizarro. Señora, en estas dudas malogramos los preciosos instantes : las cautelas muestran la cobardía de Atahualpa ; que el valor generoso no recela.

Vuestra causa es la mia : à mí me importa no perder la ocasion : por esta senda abre puerta el valor à mis hazañas : ¿ de quéira el Cielo que gloriosas sean ! Permitted que à Atahualpa me dirija, y de su misma boca el caso oya.

El camino mas breve es este...

Varcay. Temo....

Pizarro. No temais, porque el Cielo se interesa

en las glorias de España : el valor suyo sabe facilitar qualquiera empresa, y todo Español noble sacrifica con desprecio la vida, quando llega à conservar su espíritu gallardo una accion generosa, qual es este.

Varcay. Justa causa defiende vuestro brío : El Sol mi padre os guie, y favorezca.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Varcay, Caji, Quizquiz.

Quizquiz. Señora, permitid que al estrangero no dexé en circunstancias tan precisas, en que la intrepidez de su ardimiento vá sin duda à exponerle. Mas mi vida creed que de obedecer desengañada à quien de mis servicios desconfia, si hasta ahora se ha empleado en la violencia,

va desde hoy à emplearse en la justicia.

Varcay. Quizquiz, la turbacion de mis ideas no es posible que ahora me permita discernir si tu oferta es verdadera, y si es la lealtad quien sacrifica. Si quieres que te crea, ocasion tienes del peligro de Huáscar la noticia ya te ha informado del mayor servicio : entonces me hablarás, si así me obligas.

ESCENA II.

Quizquiz. Decis bien : obre solo la prudencia, y de dos males el menor se elija. El Tyrano recela, y no perdona ; Huáscar sabrá admirar à quien se humilla. La bondad es de éste fiel carácter ; del otro es la violencia vengativa. Huyamos, pues, el riesgo, y acudamos à donde la esperanza nos anima, que aunque es necesidad esta mudanza, puede legitimarla la justicia...

¡ mas qué veo ! Atahualpa ázia aquí viene

ESCENA III.

Atahualpa, Quizquiz.*Atahualpa*. ¿Qué es esto, Quizquiz? ¿no mandé que sigas

al extranjero? ¿cómo le has dexado?

Quizquiz. Señor, solo dexé su compañía porque desea hablaros, y era justo que antes os previniese.*Atahualpa*. ¿Tan precisa es la ocasión, quando ha pocos instantes que de mí se apartó? ¿mas qué fatiga mi atención? Dí que venga. Aquí le espero.
Quizquiz. A obedecerte voy.

ESCENA IV.

Atahualpa. De mi ruina sin duda se apresuran los instantes: solo halla confusión mi fantasía. Aquella predicción de Viracocha, de que gentes estrañas nunca vistas vendrían al Perú para ser dueños del dilatado Imperio de los Incas: el rayo que vió Quite en el palacio en que mi mismo padre residia, y tirado del Sol significaba que habia de extinguirse su familia: el pronóstico fiel, el testamento en que Huáyna-Capác dice, y avisa, que en él se cumple el término preciso de los doce Monarcas de su linea: que despues de su muerte, à poco tiempo, vendrán al Cuzco de remotos climas hombres extraordinarios y valientes, à quienes no es posible se resista; aquella predicción temo que sea por mi fatalidad harto cumplida. Estos hombres barbados me estremecen: sus rayos disparados me horrorizan: quisiera despedirlos, y no puedo: al iries à mandar, tiemblo sus iras: mi fuerza para ellos es muy débil: las armas de que usan son muy finas.... ¿Pero yo he de ceder? ¿Yo he de mirarme sujeto à dueño alguno? ¿Es bien se diga que quien destronó à Huáscar tiembla ahora?
Eso no. Vive el Sol que me ilumina, que yo he de superar quantos prodigios con temibles ideas me fatigan;

si la fuerza no puede, haga el engaño lo que aquella no pudo. Mis caricias sabrán adormecerlos esta noche, y quando el sueño à descansar obliga, la furia, la traycion.. ¿Pero-qué es esto?

ESCENA V.

Atahualpa, Chalcuchima.*Atahualpa*. ¿Qué novedad es esta, Chalcuchima?*Chalcuchima*. Señor, Señor...*Atahualpa*. ¿Qué es esto? ¿cómo vuelves? no te mandé que à Xauja te dirijas, y que esperes mi orden?*Chalcuchima*. Fue forzoso, Señor, el que volviera à dar noticia de un embarazo nuevo. Al campo apenas con mis pocos Soldados daba vista, quando ví una gran tropa de estrangeros, con los mismos vestidos, con las mismas armas y rayos, brutos y semblantes, que los que à Casamarca en este dia han llegado.*Atahualpa*. ¿Qué dices? ¿cómo es eso? ¿à unirse en Casamarca se encaminan? ¿te vieron? ¿saben que llevaste à Huáscar? ¿le han libertado ya? ¿se ha hecho la liga para restablecerle en este Imperio? ¿ò con cuánto tormento el pecho lidia? Acaba, dí.*Chalcuchima*. Señor, quando de lejos los divisé, dudando qual sería su intencion, del camino desviado me aparté àzia una selva de su vista; y no sabiendo à qué determinar me, por mas que vuestra orden fue precisa, mandé à mis Cabos custodiar à Huáscar, mientras yo me adelanto à dar noticia, y ver qué resolvéis.*Atahualpa*. Que Huáscar muera. Ya es el lance forzoso; aunque la ira no exigiese tan presto el sacrificio, el mismo interés mio à ello me obliga. Parte, parte al instante, vuelve al campo, y antes que otro embarazo nos lo impida, acabemos con Huáscar, muera al punto: ensaye tu furor en él sus iras, haciendole sufrir en tiempo breve, lo que con lentitud hacer querria mi rabia si pudiese. Per tres años su muerte prolongada ò suspendida,

Negue á la execucion ; y si no puede ser por tantos acasos á mi vista, aumente la tragedia rigurosa este ardor de venganza que me anima. Acaben mis zozobras, que no reyna quien con temor de no reynar domina. No perdones instante, parte, parte.

Chalcuchima. Voy , Señor.

Atahualpa. Pero , espera : Chalcuchima.

Chalcuchima. Señor.

Atahualpa. ¿ Sabes si acaso al extranjero sospecha..

Chalcuchima. ¿ Qué , Señor ?

Atahualpa. Que Huáscar viva ?

¿ sabes si está enterado del derecho que tiene á la corona ? ¿ si maquina quitarla de mi frente ? ¿ si es de acuerdo de los nuevos Soldados la venida ? sabes.. ¡ó , Sol, qué penal todo es sustos: qual quiera leve sombra me horroriza.

Chalcuchima. Yo nada sé, Señor , mas no es posible:

acaban de llegar , la paz confirman sus voces..

Atahualpa. ¿ Paz sus voces ? ¿ qué locura! temerario será quien de ellas fia.

Parte, parte al instante, mata á Huáscar, alivíame este peso , que derriba toda mi fortaleza : desahoga

el corazon que con recelos lidia; pero vuélvete al punto á Casamarca: mira que mis intentos necesitan

de tu ayuda esta noche: tus Soldados prevenidos estén ; la pena mia ha de quitar su causa á qualquier precio: aunque cueste lograrlo muchas vidas.

Chalcuchima. Señor , ¿ pues qué intentas ?

Atahualpa. ¿ Reynar intento:

y por reynar no escusarán mis iras el empeño mayor. Viven los Cielos, que si los extranjeros me intimidan, he de lograr de un golpe.. pero parte.

Chalcuchima. ¿ Mi obediencia es respuesta.

ESCENA VI.

Atahualpa. ¿ Ya es precisa una resolucion aventurada: el peligro es muy grande, el tiempo insta, el pronóstico infausto me atormenta, en parte su amenaza está cumplida, los extranjeros tienen mi palacio; ¿ qué falta ya sino que yo les sirva!

¿ qué falta ya sino que el Perú pase á su dominacion? ¡ó rabia mia ! antes muera á sus manos , que yo vea el término fatal de mi ligaminia. Muera Atahualpa , si el morir es fuerza; pero muera reynando : las cenizas de su abrasado Imperio le sepalten: sea el Perú arruinado , tumba y piram: mas ¿ quién entra ?

ESCENA VII.

Atahualpa , un Soldado Peruano.

Peruano. ¿ Señor , un extranjero de la misma nacion y compañía de los que hoy han llegado , intenta hablaros.

Atahualpa. ¿ Este será el que dixo Chalcuchima:

decidle que entre: Para mis intentos *(vase el Sold.*

es muy embarazosa su venida: el mal crece por puntos : el remedio pide resolucion constante y fija. Esperemos la noche... mas él entra, disimule el dolor , el pecho finja.

ESCENA VIII.

Atahualpa , Almagro , Soldados Españoles. A los primeros versos Pizarro , y Quisquiz.

Almagro. Un Español , Señor , que á vuestras costas pudo aportar feliz con la noticia..

Quisquiz. Ved al Inca. *(salen.*

Pizarro. ¿ Señor , habiendo oido... pero ¿ qué veo ? El Cielo aqui te guía: oye , Almagro. Señor , habiendo oido que la cabeza de la Real familia

es Huáscar Inca , Principe supremo, que la fuerza en cadenas esclaviza, y que siendo el legítimo , se teme

que acabé presto su inocente vida; vengo á deciros , que mi Rey le toma baxo su proteccion : que su justicia no consentirá agravio semejante:

y que si su amistad la vuestra estima, restituyais á Huáscar al instante en su esplendor , y su grandeza antigua. Hoy dicen que salió de Casamarca: la brevedad del tiempo me precisa

à hablareis tan resuelto. Yo he de verle libre, y sin riesgo alguno en este dia.

Vuestra respuesta espero.

Atahualpa. Esto faltaba. *(apart.)*

Estrangero, sabed que soy el Inca, Emperador supremo, que venera el Perú todo. Si la amistad mia os permite asistir en Casamarca, y manda que los suyos os reciban dentro de su palacio; infamia fuera agraviar la amistad que asi os estima. Gozad de su favor, dexad quimeras, que al supremo poder nunca examina alguna mortal sus obras, ni penetra la precisa razon que las motiva.

Pizarro. ¿Hablé, Señor. Ya de mi Rey el nombre,

que empeñé en la justicia que os pedia, me empeña mas: no puedo retirarle.

Dadme, Señor, respuesta mas precisa.

Atahualpa. ¿El Inca del Perú no dá respuesta

quando el atrevimiento y la osadia, de ingratitud grosera acompañados, de este modo se atreven à exgírla.

Ya respuesta teneis.

Pizarro. Esa respuesta

empeña mi valor: la bizarría de un Español se alegra que haya campo en que se ostente el fuego que la anima.

Ahora veo que el Cielo me dirige de un dilatado Imperio à la conquista, y que hace mi brazo el instrumento para desagruar las tyrantias.

Vamos, Almagro, vamos.

Atahualpa. Detencos.

Pizarro. ¿Una vez declarada la injusticia, no es posible que un pecho generoso se pueda contener sin combatirla.

Atahualpa. Esperad, ¿qué habéis dicho? ¿el Cielo ha sido

el que para el castigo aqui os envia?

Pizarro. ¿Sí, Señor; que de Dios la providencia

es la que los acasos determina.

Atahualpa. ¿La providencia.. Dios..; qué nueva idea

llega à formar aqui mi fantasia!

¿O qué correspondencia encuentra el susto

con lo que Viracocha vaticina!

Pizarro. Pero qué me detengo, Almagro, vamos.

Atahualpa. Esperad, ¿dolor! ¿rabia! ¿ira!

que si ese Dios lo manda, de quien dices que al Sol nuestra daydad rinde y humilla; si fue su providencia quien lo ordena, no puede haber mortal que lo resista.

Huáscar vive, la verdad, por mi dato

de Casamarca à Xauja se retira: si os importa, seguidle, en el camino le hallareis: solamente Chalcuchima le acompaña: Id, id y rescatarle; pues ya veo que el Sol guarda su vida, y que por mi pesar salen verdades sucesos de dolor que pronostica. Cumplase el vaticinio que me asombra, y acabe de sufrir la rabia mia.

ESCENA IX.

Pizarro, Almagro, Quizquiz, Soldados Españoles.

Pizarro. Ya me has oido, Almagro.

Almagro. Empeño en fuerte.

Pizarro. El valor le empozó.

Almagro. Pues él le sign.

Pizarro. Amigo, dices bien: mas ya que el Cielo

tan à punto preciso te encamina para nuestro favor, dexa que el gusto primero con los brazos te reciba.

Almagro. No con menos afecto de los míos recibido serás siempre.

Pizarro. ¿Qué dicha

te trajó à esta ocasion?

Almagro. Quando saliste de Panamá para cortar la línea y venir al Perú, tambien mi esfuerzo, aunque à mas largo rumbo, te seguía. Supe que conquistaste à Púna, y Tumbez que à San Miguel de Piura, Ciudad rica, fundaste: y que allanando los caminos à Casamarca intrépido venias; volvíme atrás, y quise acompañarte.

Pizarro. La ocasion, como has visto, es bien precisa:

me alegro... mas primero aseguramos à Huáscar.

Quizquiz. Pues à Xauja se encamina, yo me ofrezco con gusto à dirigiros: ved que en la dilacion tal vez peligras.

Pizarro. Almagro, mejor es que partas luego con

con los Soldados de quien mas te fias,
en compañía de este Perúano;
que yo con los demás de la milicia
intento rodear este palacio,
y prohibir al Inca la salida
hasta que á Huáscar traygas.

Almagro. Voy al punto.

Pizarro. Seguidle , Perúano.

ESCENA X.

Pizarro. Ea , osadia,

ya estás en el empeño mas altivo,
que el valor de los nobles acredita.

Esta guerra civil puede abrir puerta
á la gloria inmortal de una conquista:

sigamos el camino : No es acaso
haber venido Almagro en tan precisa

ocasion : con sus tropas reforzadas,
á competente número las mias

ascienden para empeño tan glorioso,
que sus ciegas deydades pronostican.

Esta supersticion , esta creencia
puede servirme mucho , á que resista

con menos diligencia un pueblo ciego,
si cree determinada su ruina.

Mis tropas , es verdad , si las compáro
con las que inundarán estas campiñas,

parecerán muy pocas ; ¿ mas qué importa?
el valor , y no el número domina.

Ta están acostumbradas á victorias:
la Isla de Púna, y Túmbez lo acreditan.

El Español valieme no numera
con cuidado las tropas enemigas:

sabe vencerlas sin saber contarlas:
porque lo mas difícil mas le anima,

Aprovechemos la ocasion gloriosa...
pero , Varcay.

ESCENA XI.

Pizarro , Varcay.

Varcay. Señor , ¿ qué es esto ? El Inca
corre todo el palacio sin sosiego ,

un no visto furor le predomina :

llama á sus Capitanes : los previene:

ha hecho abrir la puerta á su armería:
mil Soldados se arman:--

Pizarro. Sossegaos;

yo haré que su furor de nada sirva.

Desde que vine á hablarle , mis Soldados
están sobre las armas : la orden mia

fue de guardar las puertas , hasta tanto
que yo le manifieste las noticias
del derecho de Huáscar , y responda
á la demanda que el valor le intima.

Ya ha respondido: Huáscar vive : el Cielo
pretende libertarle de sus iras.

Mis Soldados salieron á quitarle

á los suyos , que á Xauja se encaminan.

Yo los espero en breve victoriosos,
después de haber quitado las indignas

prisiones de las manos de un Monarca:
sosagad , no temais ya por su vida,

ni por la vuestra.

Varcay. Capitan valiente,
dexad , que á tal fineza agradecida,

pida Varcay la gloria del suceso ,
pues sois el defensor de su justicia.

Pizarro. No puedo detenerme : el movi-
miento

que me habeis indicado , me precisa
á volver á mis tropas , para darles

la orden necesaria , mientras sigan
las de mi compañero á vuestro espose.

No temais entre tanto , protegida
de todos mis Soldados , que el Tyrano

á insultaros se atreva. Vuestra hija
sale á buscaros ya : quedad , Señora,

serena en tan amable compañía.

Varcay. El Sol os guie.

ESCENA XII.

Varcay , Cuji.

Varcay. Cuji.

Cuji. Ay , madre , un susto,
un nuevo sobresalto me fatiga.

Varcay. Si es por ver á Atahualpa tan fu-
rioso

demostrar en acciones vengativas
el odio de su precho , no receles.

Á pesar del enojo que respira,
nos ofrece su amparo el estrangero

contra la crueldad y tyrania.

Quizás se acerca el pavoroso instante
que le tráhe la pena merecida:

el Sol vé su traycion ; y aunque algun
tiempo

que profane su trono le permita,
solo suspende el golpe : mas sentido

al paso que mas tiempo le retira.

Yo espero su castigo , y mi venganza,

sí puede haber venganza en la justicia: los oráculos todos lo prometen, quando una destruccion nos varicinan: Atahualpa vé el fin de sus violencias, término del furor y la injusticia, horrendos monstruos que su aleve Imperio centro de crueldad caracterizan. Salgamos, Coya-Cuji, del abismo, mientras en el mayor le precipitan su furor y ambicion desenfrenada, que hasta las leyes mas sagradas pisan. Salgamos de este estado miserable, indigno de aquella alta gerarquía que nos mira el Sol, quando derrama sobre nosotros su afición benigna. Salgamos del terror y la congeja que nuestro pensamiento martirizan, mientras sufrimos una cruel muerte en ver amenazada nuestra vida.

Muera el cruel Tyrano, y viva Huáscar.
Cuji. Toda mi dicha es que Huáscar viva: esto solo apetece mi deseo: esto solo mis ansias pedirían; mas temo...

Varcay. ¿Qué, qué temes? habla, *Cuji.*

Cuji. Temo que sea eterna mi desdicha.

Varcay. ¿Pues cómo? ¿Qué motivo te amedrenta?

Verdad es que Atahualpa mandar quita de nuestra vista á Huáscar, y que á Xauja le lleva apresurado Chalcuchima; pero su libertad tardar no puede. El Español valiente se encamina á libertarle ya: le sigue activo, y no hay oposicion que le resista.

Cuji. Temo que el socorro llegue tarde.

Varcay. ¿Pero qué causa tu temor motiva? Cielos, ¿será posible? dime: acaba.

Cuji. Ya sabes que el Tyrano á Chalcuchima hizo salir con Huáscar.

Varcay. Sé que manda, que prisionero á Xauja le dirija.

Cuji. Pues antes ya que el Español llegará, que á buscarle salió, y que la noticia dieseis de nuestro agravio al que primero llegado habia, estaba Chalcuchima de vuelta en Casamarca, y vuelve solo.

Varcay. ¿Qué dices? y has sabido...; ¿o peña mía!

Cuji. Nada sé; solo sé que aquí le han visto de vuelta ya; y si á Xauja se encamina, como dice el Tyrano, ¿cómo vuelve en tan pocos instantes á su vista?

¿dónde ha dexado á Huáscar? ¿qué se ha hecho?

¡Ah, cómo temo, madre, que es mentira quanto el Tyrano ha dicho, por dar tiempo á su cruel traycion.

Varcay. No, no presigas, que no tengo valor para escucharte. ¡Oh mátame la furia de sus iras, como á Huáscar perdone! Sol hermoso, que nuestro Dios y padre te apellidas, no permitas la muerte de mi esposo, haz que antes su esposa el cuello rinda al pedernal cortante: haz que á su aliento prive una cuerda el ayre que respira; pero no, no es posible, Huáscar vive: el Español le ampara, y á su vista no intentará el Tyrano tal violencia: fuera precipitar su muerte misma. Aníme la esperanza el corto plazo: el fin de nuestra pena se avocina: libre has de ver á Huáscar: Este Imperio será otra vez teatro de su dicha: el Cielo le protege: su inocencia es quien atrajo de remotos climas gente tan valerosa y esforzada, que declarada está por su justicia. Alienta, *Cuji*, alienta.

Cuji. De tus voces el espíritu activo vivifica un ánimo oprimido. Pero, madre, razon será que deis esta noticia al bizarro Español.

Varcay. Bien dices, vamos: la prudencia lo dicta, vamos, hija.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Varcay, Pizarro.

Varcay. Señor, este recelo me congoja siendo, como es, constante, que ha llegado Chalcuchima; deciros que iba á Xauja, es algun artificio, alguna engañía que Atahualpa dispone, por dar tiempo á su bárbaro intento.

Pizarro. Sosegaos, que vuestro amor agranda los objetos. Quando yo me acerqué determinado á preguntar de Huáscar, fue la ira la que dió la respuesta. Nunca es falso el ímpetu primero de la furia,

ni se puede temer sea contrario el intento que esconde, y el que expresa; que une la ira, el corazon y el labio. Yo le escuché, Señora, y me parece que no pude engañarme.

Varcay. ¡ Ah! que el Tyrano, á fuerza de trayciones alevosas, está con la ficcion domesticado, y quien supo llegar á esta costumbre, la sabe executar sin embarazo.

Pizarro. Vos le conoceréis: ello es posible; pero habiendo salido mis Soldados á seguir el camino diligentes, ya no puede tardar el desengaño.

¿ Y qué adelantaría con fingirme? apresurar de su ruina el plazo.

Mi valor generoso no sufriera tan infame artificio. No, no estamos hechos los Españoles á la injuria: es nuestro corazon sincero y franco, y antes sufriera un Español mil muertes, que aquietarse á la vista de un agravio. Pero Atahualpa llega: en su semblante, en su gesto y su voz, reconozcamos la verdad, que no es facil ocultarse, quando está prevenido ya el cuidado.

Varcay. ¿ Atahualpa? su vista me horroriza, desde que esta sospecha encontró paso para asaltar el alma. Yo le huyo.

ESCENA II.

Pizarro, Atahualpa,

Atahualpa. Ha rato que el dolor os vá buscando

armado de una queja. ¿ Cómo es esto? ¿ quando quiero salir de mi palacio vuestros guardias lo impiden, y es preciso apelar al furor para lograrlo?

¿ Asi paga el agravio al beneficio, y á la hospitalidad el desacato? ¿ tan mal hallado estais con la templanza, que le dais esa paga á mi agasajo? ¿ á qué intento os arrebata? ¿ qué capricho á esa temeridad principio ha dado? respondedme, estrangero.

Pizarro. En viendo á Huáscar os pienso responder; y mientras tanto no es facil que abandone una sospecha con que está prevenido mi cuidado.

Atahualpa. ¿ Qué sospecha? decid.

Pizarro. Quando le enviasteis

á Xauja, el Capitan que á acompañarlo salió, volvió al instante: su destino vos solo le sabeis. Luego que Almagro salió á seguir el rumbo que dixisteis, los demás Capitanes convocando, Consejo hacéis de guerra; y la armería en donde reservabais flechas, y arcos, hondas, y hachas, se mantuvo abierta, para que prevenidos los Soldados, estén prontos al golpe que medita vuestra desconfianza. ¿ En este caso ¿ pretendes hallar desprevenido? que me veais tan quieto es un milagro: de toda mi prudencia necesito solo para templarme el breve rato que el desengaño tarda. Llegue Huáscar: vea que la malicia no ha burlado mi generoso intento: que su vida está libre y segura. Mas si acaso algun engaño..; ¿ á Dios! ¿ qué haré al creerlo, si no sé reprimirme aun al dudarlo?

Atahualpa. ¿ Qué escucho! ¿ quién os dió tales avisos?

¿ quién para mi dolor os ha informado del pensamiento mismo que yo encubro, y aun de mí pretendia recatarlo?

¿ Qué deydad os informa? ¿ El Sol mi padre

comunica el saber extraordinario á vuestro entendimiento? ¿ ó dolor miel ya veo harto cumplidos los presagios. Un hombre que penetra el pensamiento, y á quien del corazon lo mas arcano no se oculta, es mas que hombre. ¿ Cómo puedo

huir ya de la cólera del hado?

Pizarro. Ved si tengo motivo, y si es capricho

prevenir de la furia los asaltos: vuestra misma congoja lo declara: la misma confusion que habeis mostrado, me asegura bastante vuestro intento; pero no quiere el Cielo soberano que dure la traycion.

Atahualpa. ¿ O valor mió!

¿ ahora me abandonas? ¿ para cuándo reprimias la furia que ocultabas en este corazon desesperado? muera Atahualpa, insera.

Pizarro. ¿ Qué, qué intentas? detened, Atahualpa, el torpe brazo: pero Almagro...

Atahualpa. ¡ Qué veo ! Chalcuchima
tan cruelmente preso!

ESCENA III.

Atahualpa, Pizarro, Almagro, Chalcuchima preso, Quizquiz, Soldados Españoles.

Almagro. Aquí, Pizarro, tienes al más infame delincuente, que puede horrorizár solo en mirarlo.

Pizarro. ¿ Qué es esto, Almagro, amigo ?
¿ hallaste á Huáscar ?
¿ cómo vuelves sin él ?

Almagro. Como el espanto solo pudo mirar tan gran tragedia, acto del corazon mas inhumano.

Pizarro. ¿ Murió Huáscar ?

Almagro. Ya ha muerto, y en su muerte, que la rabia y furor executaron, no ha habido atrocidad que no se ensaye: la alevosa traycion, el desacato, la crueldad horrible, la serena impiedad, que es carácter de un Tyrano, el insulto, la risa, aun el deleyte de mirar un martirio prolongado, todo lo ha unido el torpe ragicidio. Este bárbaro ha sido, este villano (*a Chalc.*) el fiero executor. Nuestro socorro llegó muy tarde ya.

Pizarro. Cuéntame, Almagro, cómo ha sido: la ira me arrebató.

Aima. Salí á seguir con este Perúano (*a Qui.*) el camino de Xauja; pero apenas me aparté de este pueblo, á pocos pasos escucho un grito agudo y doloroso en un vecino bosque: y sospechando lo que pudo causarle, me dirijo con mas celeridad á remediarlo. Llegué á presa. ¡ O que horror ! tiemblo al decirlo:

y ví á Huáscar desnudo á un tronco atado, en quien el más villano atrevimiento estaba sus furores ensayando. Cortaron con infamia sus narices, sus orejas, los ojos le sacaron, truncados pies y manos, monstruo informe poco á poco la vida iba acabando; solo la lengua, porque se quejara, y los cárdenos labios perdonaron, que para su furor el llanto y queja debió de ser sin duda dulce canto.

Atahualpa.

Acabadme, decía, monstruos fieros, terminad de mi vida el breve plazo: el Sol mi padre os mira, y el castigo será delito tal proporcionado. Yo fallezco.... ¡ á gran Dios ! ¿ esto permites ?

dixo: y la muerte le selló los labios. El horror, el furor para el castigo todos mis sentimientos despartaron; acometo resuelto, en un instante se llena de cadáveres el campo, sin que la huida ni el lamento valga, que no es digno de lástima el villano. Tan solamente al Capitan reservo, que en duros hierros traygo asegurado, porque pague con pena más infame al horrendo delito.

Pizarro. Al escucharos

me asalta un nuevo horror. ¿ Cómo es posible que sea tan cruel el pecho humano ?

Atahualpa. ¡ Cielos qué escucho ! ¡ ya falleció Huáscar ?

como él no reyno, muera yo á las manos del extranjero aleve.

Pizarro. ¿ Qué habéis dicho ? (*a Atah.*) ¿ qué mas pruebas ? Llegad, asegurado, Soldados.

Atahualpa. ¡ Que esto sufro ! ¿ tambien llegas para prenderme tú, Quizquiz villano ? ¿ No basta abandonarme ? Pero el Cielo este instrumento reservó á mi brazo para el justo castigo: muere, aleve: ingrato, muere: muere, infiel vasallo....

Va Atahualpa á herir á Quizquiz con la hacha; detienenle los Soldados, y le prenden.

Pizarro. Detened el impulso, que ya el Cielo se cansa de sufriros.

Atahualpa. ¡ Ah, tyranos !
acabad con la vida de Atahualpa, y no llegue á mirar tal desacato.

Pizarro. Capitan atrevido; ¿ qué disculpa puede hallar tu traycion ? (*a Chalc.*)

Chalcuchima. Que fus mandado.

Pizarro. ¿ Quién lo mandó ?

Chalcuchima. Atahualpa.

Pizarro. ¿ Es esto cierto ? (*a Atah.*)

Atahualpa. Jamás á un Inca me le hicieron cargos:

no tengo superior: infamia fuera responder Atahualpa.

Pizarro. Ea, llevadlos. (*a los Sold.*)
No necesito mas convencimiento, su mismo Capitan lo ha declarado.

En el cuerpo de guardia centinelas siempre tengan de vista : mientras tanto que con Almagro el dardo determino orden precisa y breve. Tú, Soldado, ¿a Quis. sigue tambien los nuestros.

ESCENA IV.

Pizarro, Almagro.

Pizarro. Dime, amigo,

¿ qué te parece hacer en este caso ?

Almagro. ¿ Eso dudas ? la muerte de Atahualpa,

que su mismo delito está gritando, quando no la pidiera la justicia, la pide la política. ¿ No es claro, que sin Rey el Perú que lo domine, dexa à nuestro deseo libre el campo à una facil conquista ? ¿ pues qué dudas ? ¿ quieres dexar pendiente un embarazo con la vida del Rey, por mas que cuides de tenerle muy bien asegurado ?

¿ No ves que es un pretexto ver que vive, para que no se rinda el Perúano ?

¿ No has conocido que es supersticioso ; que al Sol por Dios adora ; y cree engañado que son hijos del Sol todos sus Incas ?

¿ pues cómo, mientras vive en este engaño, quieres que se sujete, quando sabe que guarda la deydad que ha idolatrado un hijo que le manda ? Nuestra fuerza podrá hacerle temer : nuestros Soldados lograrán mil victorias ; pero siempre respetará en el Inca un Soberano ; y quando mas no pueda, por guardarle aquella adoracion que le ha jurado, huirá à las montañas escabrosas, donde será difícil alcanzarlos. No, no, Pizarro amigo, no haya dudas : este importante golpe es necesario.

Pizarro. Las razones que dices bien las peso ; pero no me resuelvo à executarlas.

Almagro. ¿ Por qué causa, Pizarro ?

Pizarro. Hallo en mí mismo

un horror que me sirve de embarazo. Atahualpa, es verdad, es delincuente ; siendo solo ilegítimo y bastardo, al legitimo arroja de su trono, y le arrebatara el cetro de su mano : usurpa el Reyno : mata al heredero : junta la crueldad, y el desacato : y no hay crimen alguno el mas horrendo

que no haya cometido ; pero, Almagro, Atahualpa es Monarca. Yo le encuentro gozando del carácter Soberano ; y un Rey siempre es un Rey. Este atributo ha sido tan sublime y elevado, que no dexa que nadie se le acerque sino para el respeto. Es un sagrado que el enemigo mismo reverencia, y no le dexa ver que es su contrario.

La vida de los Reyes ha corrido siempre à cargo del Cielo. A su resguardo sabe velar sagrada providencia con especial auxilio y fiel cuidado.

Atreverse à juzgarlos es delito de tanta gravedad, y de horror tanto, que la causa mas justa es sacrilegio, y el que se determina es un tyrano.

La suprema Deydad que dá el Imperio, el quitarle tambien se ha reservado : y si quiere que illustre su Evangello de este altivo dominio el vasto espacio, ya lo sabrá lograr sin que nosotros con la sangre de un Inca nos tíñamos.

No, amigo, no : reservese Atahualpa.

Almagro. Pues si preso le tienes, si ya has dado

el paso mas preciso...

Pizarro. Fue forzoso.

Almagro. ¿ Y qué intentas ahora ? à libertarlo ?

Pizarro. Un medio encuentro sin llegar à eso.

Almagro. ¿ Y cuál es ?

Pizarro. El que debe un buen vasallo.

Avisemos à España. El Rey glorioso que nos manda, y nos manda largos años, instruido de todo, dará el orden que juzgue conveniente. Obedezcamos, y no determinemos ; que los Reyes son árbitros supremos : ilustrados están de superior conocimiento, y los anima espíritu mas alto.

A él solo decidir le corresponde..

mas la esposa de Huáscar.. suspendamos tan delicado punto.

ESCENA V.

Pizarro, Almagro, Varcay, Cuzi.

Varcay. ¿ O qué contento el corazon ocupa ! ¿ Ya has llegado, valeroso Español ! ¿ Ya de mi esposo rompiste las prisiones ? ¿ Ya à mis brazos le restitaye tu valor alivo ?

¡O venturoso instante! ¡o feliz plazo!
¿dónde Huáscar está? Señor, permite,
permite que la fé de un amor casto
se apesure à lograr su dulce vista.
¿Tan presto le encontrete? ¿hizo el Tyrano
alguna resistencia? está Atahualpa
instruido que ha vuelto? vamos, vamos,
amada hija, vamos à tu padre:
logre nuestra ventura que guiarnos
quiera vuestra bondad.

Cuji. ¡Ay padre mio,
quién pudiera lograr tan dulces lazos!

Varcay. Bien sé que agradeceros es la deuda
que primero me obliga: no ha olvidado
mi alegría este empeño; pero el gozo
ocupa el corazon tan sin reparo,
que no dexa lugar à otros afectos,
desde el momento ¡o Español gallardo!
que aqui os miro de vuelta. ¿Cómo ha sido?
¿dónde, dónde llegasteis à encontrarlo?
referidme el suceso brevemente.

Almagro. ¡Fuerte empeño! Señora, apre-
surado
corrí tras del traydor que le llevaba,
y ya está preso, pero...

Varcay. No, soltario
es preciso: mi gozo no permite
que Chalouchima sufra: él fue mandado.
¿Y Huáscar? ¿qué contento ocuparia
su noble corazon, quando à librarlo
vió al Español llegar! prosigue, dime,
dime, Español, el venturoso caso.

Almagro. Quando llegué, Señora, aunque
mis ansias
à mi celeridad alas prestaron,
ya apartados à un bosque.. Yo, Señora,
bien quisiera decir...

Pizarro. Espera, Almagro,
que yo diga, si puedo. Permitidme,
Señora.. ¿mas qué es esto? ¿quién ha
entrado?

ESCENA VI.

*Pizarro, Almagro, Varcay, Cuji, Solda-
dos Españoles.*

Soldado. Señor, acudid luego, que en la
tropa
se nota un movimiento extraordinario.
El Perú se alborota, y todo es muertes.
El principio no sé; mas los Soldados
Españoles corriendo al alboroto

matan mil infelices Peruanos.

Pizarro. Vamos, Almagro, acude con tu
gente,
que yo me acercaré por otro lado
à saber el motivo; por si es fuerza
ò bien darles favor, ò sosegarlos.
Almagro. Pizarro, ya te sigo.

ESCENA VII.

Varcay, Cuji.

Varcay. ¡O Sol! ¿qué es esto?
¡nuevos tormentos, nuevos embarazos!
¿Dónde iré? ¿Qué he de hacer?

Cuji. ¡Ay madre mia!
¿qué puede ser tan nuevo sobresalto?
No sé qué teme el alma: ¿otra desdicha,
otro rigor acaso preparado
nos tiene nuestra suerte? no es posible:
ya mi valor no alcanza. Madre, huyamos.

Varcay. ¡Huir? ¿y à dónde irás?

Cuji. Vamos al templo
de nuestro padre el Sol: sea resguardo
su sagrado lugar de nuestras vidas.

Varcay. No puede ser, que están todos los
pasos

lentos de confusion, de armas, y gente,
y en mayores peligros tropezamos.

¡O qué ideas tan varias me combaten!
¿qué será este alboroto? si el Tyrano,
habiendo visto à Huáscar, le ha movido,
para ver si el impulso temerario
logra en la confusion darle la muerte
que el Español le impide? no hallo paso
que no sea un escollo.

Cuji. ¡Ay madre mia,
qué idea tan funesta! No logramos
anuncio de esperanza lisonjera,
que no acompañe nuevo sobresalto.
Apenas hemos visto el extranjero
volver feliz en tan pequeño espacio,
y dar sin duda à mi adorado padre
la libertad que le quitó el Tyrano,
quando, aun sin verle, sin lograr el gusto
de complacernos, de que ya sus manos
al favor de un auxilio generoso
llegaron à romper indignos lazos;
nos presenta este susto, este alboroto,
nuevas ideas de mayor cuidado.

Mas un Soldado llega: ázia aqui viene.
Varcay. ¿Qué podrá ser? ¿ya asaltan el
palacio?

¿ya ni huir es posible? ¡ó dura suerte!

ESCENA VIII.

Varcay, Cují, un Soldado Perúano.

Soldado. ¡Qué confusion! ¡qué horror! ¡quién à mirarlo

se atreverá sereno! Huid, Señoras.

Ya el Imperio del Cuzco se ha acabado;

ya no tiene el Perú quien le domine;

entre la confusion... ¡ó Sol, qué espanto!

de un alboroto que al principio tuvo

motivo bien pequeño, hechos pedazos

he visto los mas nobles Capitanes.

Ya ha muerto Chalcuchima: atravesado

queda. Quizquiz de mil agudas flechas:

y por fin de esta pena voló un dardo,

voló un dardo cruel, mal dirigido

infelizmente por robusta mano,

y al Inca pasó el pecho.

Varcay. ¡O, Sol! ¿qué dices?

Soldado. Yo le he visto en su sangre revol-

cado dar el último aliento.

Varcay. ¿A quién has visto?

Cují. ¿A quién dixiste?

Soldado. Al Inca, al Soberano,

al dueño del Perú.

Varcay. ¡Cielos, qué escucho!

fiel vaticinio fue mi sobresalto.

¿Tú le conoces? ¿tú le has visto? cómo...

Soldado. Yo le he visto: no lejos de su lado

me cogió el duro lance: yo à Atahualpa

conozco bien: no puede haber engaño:

la roja borla que adornó su frente

no dexaba motivo de dudarlo.

Varcay. ¿Cómo? ¿Quién? Atahualpa...

Soldado. Sí, Atahualpa;

pero la confusion se vá acercando:

el huir es forzoso.

ESCENA IX.

Varcay, Cují.

Varcay. ¿Lo has oido?

¡qué confuso tropel de afectos varios!

¿si será esto verdad? si nuestra dicha...

Vamos, amada hija, vamos, vamos...

mas el Español vuelve.

ESCENA X.

Varcay, Cují, Pizarro, Soldados Españoles.

Pizarro. ¡Infeliz suerte!

lástima me causó; mas remediarlo

no fue posible ya.

Varcay. ¿Murió Atahualpa?

Pizarro. Sí, Señora, murió.

Cují. Ya respiramos.

Varcay. Mi noble corazon se compadece de su suerte infeliz, que en este caso solo se me presenta su desdicha, porque ya se olvidaron mis agravios; mas pues ya sucedió, pues quiso el Cielo dar para mi ventura el postrer paso, castigando tan justo, à quien yo hubiera, si me viese en el trono, perdonado; generoso Español, à quien le debo la vida de un esposo que idolatro, vamos à darle tan alegre nueva, porque fuera agraviarle el dilatarlo. Vamos, Señor.

Pizarro. Señora...

Varcay. De este Imperio

será dueño otra vez; y si en su mano

está el premiar ¿qué premio podrá darle

à quien lo debe todo? Asegurado

podéis estar, que partirá no solo

sus bienes, sus riquezas; sino el mando,

poder y autoridad, con quien ha sido

su amparo generoso. Señor, vamos.

Vamos: no dilatemos este gusto

à mi adorado esposo.

Pizarro. ¡Duro caso!

Señora.. hablar no puedo.. yo quisiera

deciros que la suerte...

Varcay. ¿Qué embarazo

hallá vuestra expresion? decid, ¿qué es

esto?

ESCENA ULTIMA.

Varcay, Cují, Pizarro, Almagro, Soldados Españoles.

Almagro. Ya queda el alboroto sosegado.

Ya el mata-lor de Huáscar.. mas, Señora..

Varcay. ¡O, Sol, qué escucho! ¡Qué funesto

rayo

me dispara esa voz! ¿mi esposo ha muerto!

Cují. ¡Ay de mí ¡ya murió mi padre amado!

Almagro. Señora, nuestro auxilio llegó tarde:
la providencia retardó mis pasos,
y la malicia apresuró el impulso:
no puede prevénir el juicio humano
los decretos Divinos.

Varcay. ¡ O lisonja
de una esperanza falsa! ¿por qué has dado
señas de algun contento, para hacerme
el golpe mas terrible? ¿ò dulce hermano!
¿ò amado esposo mio!

Cuji. ¡ O padre mio!
perdí todo mi bien, mi amor, mi amparo.

Varcay. Astros que iluminais la azul esfera,
¿ cómo fuisteis testigos del estrago
de un innocente pecho? Horribles fieras
que ensangrentastels las cobardes manos
en aquel infeliz, llegad, matadma:
saciad en mí la furia: aun ha quedado
objeto à vuestras iras: yo reservo
su corazon: hacedle mil pedazos.
¡ Ay Huáscar! tú acabaste, y Varcay
vive?

¿ cómo es posible? ¿ cómo?
Cuji. Padre amado,
¿ à dónde iré sin tí? ¿ quién será ahora
amparo mio?

Pizarro. Moderad el llanto,
aunque la causa es justa. Aquel que rige
el mundo con imperio soberano
lo ha permitido: venerar es fuerza
su divino decreto: mientras tanto
contad con mi persona. El Rey mi dueño,
à quien ilustra espíritu tan alto,
desea que yo os sirva, y que os mantenga
con el mismo decoro, y noble estado

en que nacisteis.

Varcay. Ya nada apetezco:
sin Huáscar toda gloria es triunfo vano.
¡ O dulce esposo mio! No es posible
que sobreviva à tan villano agravio.
¡ El Inca mas amable, el Rey mas justo
de quantos este Imperio han dominado,
y el unico que muere alevadamente
con muerte desastrada! ¡ El Soberano,
el dueño del Perú en su mismo Imperio
impune y atrozmente, asesinado,
sin hallar un vasallo que le asista,
es la irrisión, la mofa y el escarnio
de sus vasallos mismos! ¡ no halla alguno
à quien pedir socorro en dolor tanto!
¡ Su esposa triste, su infelice hija,
no tienen otras armas que su llanto
para impedir su muerte! ¡ ò dolor sumo!
¿ cómo será posible tolerarlo?
El aliento me falta: yo fallezco:
el corazon con desiguales saltos
busca puerta en el pecho.

Cuji. ¡ Ay madre mia,
mi único consuelo!

Varcay. Cuji, vamos,
vamos del Sol al templo, muera al menos
donde vea de Huáscar un retrato.

Pizarro. A lástima conmueve. Almagro,
amigo,
vamos à socorrerla; y entre tanto,
pues la fortuna brinda, el valor siga
su noble impulso. Al Cuzco dirijamos
nuestra mira, que espero sea España
señora de este Imperio dilatado.

FIN.

CON LICENCIA

Barcelona: En la Oficina de Pablo Nadal, Calle del Torrente
de Junqueras, Año de 1799.